

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saunier num. 4, en Paris.

AÑO 20. — N° 463.



FIESTA DADA Á SS. MM. EL REY Y LA REINA DE PRUSIA POR EL MARISCAL MAC-MAHON.
Recepcion en el salon del Trono en la embejada. (Véase la página 323.)

SUMARIO.

Fiesta dada al rey y la reina de Prusia por el mariscal Mac-Mahon; grabado. — **La levita. — A una niña. — Las pasiones. — La coronación del rey de Prusia;** grabados. — **Revista de Paris. — Viaje de sir Edmundo Broomley;** grabados. — **El Noble en la miseria. — El mes de octubre en Polonia;** grabados. — **Ecclère;** grabado. — **Juan Journet;** grabado. — **Vida y muerte del príncipe Don Carlos. — Las regatas de Marsella;** grabado. — **Consagración de la iglesia de San Bernardo en Paris;** grabado. — **Bendición de una hospedería en la Sainte-Baume;** grabado.

La levita.

No sé qué parte habrá tomado la tribu de Leví en esta que se ha dado en llamar prenda, ni por qué *evoluciones en el tiempo y en el espacio* ha llegado la simple hoja de parra de nuestro padre Adán á crecer y dividirse en las tres prendas necesarias de vestir, pantalón, chaleco y levita; pero sea cualquiera el origen de esta, lo cierto es que ya se ha hecho tan precisa como el pan cotidiano, que es el emblema de bien nacido ó de bien vestido en la persona que la lleva, y que á ponérsela sobre los hombros y espina dorsal van encaminados todos los trabajos del hombre en la época que atravesamos. Aunque mis esfuerzos filológicos é históricos no han llegado hasta el punto de investigar dónde, cómo y por qué nació y tomó el nombre que lleva la prenda de que me ocupo, voy sin embargo con el derecho que me da mi *autonomía* á ocuparme de ella, á examinarla filosóficamente, y lo que es mas, á alzar mi autorizada voz en contra de esta pieza de paño con mangas, causa de todas mis desgracias, de las desdichas de muchos, y si Dios no lo remedia, del trastorno y profundo cataclismo social que nos amenaza.

No sé porqué, pero yo, al contrario de todos los hombres que han sido niños, sentía desde mi mas tierna edad no diré veneración, sino terror por la levita del autor de mis dias. Cuando mi madre, al ver que las doradas trenzas de Apolo asomaban por el horizonte, me ponía de patitas en el suelo, yo, dotado por la naturaleza de una voz de tiple algo alarmante, protestaba contra aquel *levantamiento*, dando los gritos mas agudos que han herido jamás tímpanos maternales. Mi madre entonces me ponía una mano en la boca, y con la otra señalaba, como Moisés las plagas de Faraon, una percha, de la cual pendía... ¡la levita de mi padre! Confieso que aun no sabia palabra de *dialéctica*; pero aquella vista cotidiana me inspiraba el siguiente silogismo:

Mi padre solo se quita la levita para dormir ó estar en casa.

¡La levita está ahí!

Luego mi padre no debe andar muy lejos.

Y como en mi padre el propinarme de azotes al oírme llorar, era cosa tan lisa como la palma de su mano, yo me quedaba entre dormido y lloroso, contemplando aquella grandiosa y muda levita, dique de mis lágrimas, mordaza de mi boca y argumento terrible, no *ad hominem*, sino *ad puerum*, que sojuzgaba las diarias rebeliones de mi soñolienta y diminuta persona.

En cambio; qué de dulces sueños, qué de impunes diabluras, qué de bulliciosos juegos, qué de placeres no consentidos, pero sí arrancados á la bondad y dulzura de mi buena madre, cuando aquella levita horrible, semejante al fantasma de *Banquo*, no se aparecía ante mis ojos en el instante de nacer un vano capricho; levita que era la única rodela tras que se escondaba la cariñosa debilidad de mi madre, único *Quos ego* para el mar alborotado de mis pueriles antojos!

Aquella levita ausente indicaba que el raudal de mis deseos podía precipitarse por anchurosa compuerta. Pero ¡ay! en medio de mis goces, cuando mi madre, al fin cansada de mis alborotos venía á buscarme, yo conocía en su ademán resuelto, en su mirada vencedora, en su voz de mando; qué digo conocía! veía en su cara, sin tener que mirar la percha, que *la levita* había venido, y por consiguiente, que los bárbaros estaban á las puertas de Roma. Entonces mi altiva mirada perdía su salvaje brillo, mi cabeza se inclinaba, la humildad mas levítica inspiraba mis facciones, y trémulo y temeroso iba á defleñar la cartilla sobre el dulce regazo de mi madre, que á la sombra de *la tirana prenda* me hacía leer, con la resignación de un árabe, lo que estaba escrito.

Pasaron años y años, mis cabellos rubios fuéronse poco á poco oscureciendo; mi cuerpo se fué estirando, hasta el punto de convertir en *fonétes* mis pantalones, y aquella voz de tiple tan aguda, terror de los vecinos del barrio, experimentó una transformación semejante á la de un organillo descompuesto, pues sin que yo pudiera remediarlo, salían de mi laringe en un instante y casi al mismo tiempo, revueltas y entremezcladas, notas de bajo, barítono, tenor y tiple, formando el consorcio mas horrible que pueda imaginarse. A consecuencia de este trastorno en todo mi ser, el respetable autor de mis ideas ordenó la venida de un sastre, que despues de haberme medido de arriba abajo, se descolgó al poco tiempo conduciendo una levita y sus consecuencias.

Vistiéronme con aquella horrible túnica, y al ver sobre una silla, abandonadas para siempre, la gorrita de paño que presencié mis alegrías, la chaquetilla con

que iba al colegio, y en fin, todas aquellas prendas de la niñez que terminaba, prendas

Dulces y alegres cuando Dios quería,

mis ojos se humedecieron, abracé sollozando las reliquias de mis buenos años, y sin atreverme á abandonarlas para siempre.... ¡*Ter limen tetigi et ter revocatus sum!*

Sali á la calle, y con mi levita abrochada, por cierto de aquellas con mangas estrechas y cuello levantado, cuyo modelo debió salir de alguna de las celdas destinadas al tormento en el tribunal de la inquisición que acababa de extinguirse; con esta horrible *hopa*, que no levita, me lancé de lleno en medio de ese laberinto sin Ariadna protectora, que se llama vida de hombre.

La primera puñalada que la levita me asestó, fué en medio del alma, y como sigue:

El dia anterior habia yo jugado al toro con mis compañeros de filosofía. Era yo en esta clase de juego una verdadera notabilidad. Jamás me tocaba ser toro, porque era imposible torearle. Donde quiera que yo tendía mi blanco pañuelo, la turba infantil me proclamaba *el primer espada* de la compañía, y para mí quedaba prohibido *el burladero*. Pero mi agilidad y astucia se burlaba de todos los arranques, de todas *las tranquilas* y de todas las artimañas. Yo era *intocable*, y llegaba osado y rápido como el pensamiento hasta á detener por detrás al toro en el momento en que este iba á dar *la palmada* á su fatigada víctima, sin que al revolverse pudiera tocarme siquiera un pelo de la ropa. ¡Cuántas veces ví brillar en la mirada del que me perseguía la seguridad de *tocarme*, y cuántas veces escapé de entre sus manos entre una carcajada de mi desprecio, un aplauso de *la cuadrilla* y un grito de rabia del orgulloso que habia soñado, como Satanás, poner su inexperta mano nada menos que sobre el hombro inarticulado del *primer espada*.

Envuelto en mi levita marchaba yo delante de mi padre, cuando — *quis talia fando temperet à lacrymis?* — escuché una alegre vocería, volví la cara, y ví á mis compañeros del dia anterior formando un círculo, y en medio á mi *segundo*, que iba á dar un *quebro*, imitando mi escuela. Mis ojos se desenchajaron, precipítonme en medio de *mi cuadrilla*, llamo al toro, saco el pañuelo, y... ¡zas! siento que me agarran por el cuello de la levita. Vuelvo la cara, y veo la anchurosa mano de mi padre caer sobre mi cabeza, creando esa acción colectiva de dar y recibir, conocida vulgarmente con el nombre de *pescozon*. Un sollozo se escapó de mi garganta, mientras mi padre, con la gravedad de Nestor, me decía:

— ¡Ramon! ¡tú eres un mocito! El traje que llevas (¡y me señaló... la levita!) te impide alternar con los chiquillos. Olvídate de niñerías, y guarda la gravedad y reserva que tus años y tu *traje* te imponen.

Nada respondí. Con mudo coraje arranqué un boton al tirano que me habia caído sobre los hombros, y por la noche, cuando colgué la levita de la percha al lado de la de mi padre, poniéndola por supuesto del revés, creí distinguir en medio de la oscuridad un letrero fosfórico entre las dos aberturas de las mangas, concebido en estos desgarradores términos:

¡*Lasciate ogni speranza voi ch'intrate!*

¡Ay! Tenia razon el letrero. El primer año de levita fué un prolongado suplicio, junto al cual eran pequeños los suplicios del Dante. Si burlando la vigilancia de mi padre iba á reunirme con los que jugaban al toro, estos se apartaban de mí llamándome *ZAGALON*. Si impulsado por no sé qué cosa que me hacia hervir la sangre dentro del cuerpo al ver á una mujer bonita, trataba de seguir sus pasos ó esperaba á que pasase, entre la extraña turbación que en mí producía el roce de su vestido, escuchaba la palabra « ¡mocos! » que era un dardo agudo que el ridículo clavaba en mi corazón.

Al verme *sin edad* creí volverme loco; y recuerdo aquella época de mi vida con espanto. Como todas, pasó también aquella de vergüenza y oprobio; á mi primera levita se sucedieron otras, y cada dia se hace mayor el odio que les profeso; odio de tanta trascendencia, que me ha llegado á inspirar todo un sistema de reforma social, en alto grado lógico y necesario; pues de la idea *levita*, engendradora de otras que le son opuestas, pende hoy el destino de la humanidad.

Cuando me abstraigo en mis teorías, me parece pequeña y de poco valer esa pléyade de filósofos tan decantados que se llaman Rousseau, Hegel, Proudhon, y tantos otros que anduvieron dando vueltas al rededor del huevo de Colon, sin haber podido colocarle de punta.

En efecto, á poco que el observador tienda la vista sobre la sociedad del siglo XIX, no verá mas que esa chaqueta, *progresista avanzada*, que con su *acta adicional* de faldones tiende á igualar á todo el mundo. Si es verdad que el hábito hace al monge, hoy que todos tenemos casi los mismos hábitos, seremos monges iguales, y detrás de esto se ocultan los mismos gastos, las mismas necesidades y las *mismas fortunas*.

Pero, no. No es la igualdad social, que ya es un hecho, lo que yo quiero combatir en la levita; contra lo que se alza mi voz, contra lo que yo declamo es contra la falsedad que existe en esa igualdad, contra el volcán de odios, despechos, rivalidades y contrarios pensamientos que se ocultan entre tanta levita, traje de máscara, bajo cuya ayuda, como en *la Reina Topacio*, se entran en el festín de los antiguos nobles, los que van á echarlos, con razon ó sin ella, de su magnífica morada.

A la frase de — *Vd. no es noble* — ha sucedido la siguiente: — *Vd. no es digno de llevar levita.* — La levita es pues en la presente época la ejecutoria del que la lleva.

Desde Roma hasta nuestros dias, todas las luchas sociales han estribado en las diferencias de vestidos, todo ha sido cuestion de chaquetas y fraes. Hoy dia, la chaqueta, conociendo que mas vale la fuerza que la maña, se ha disfrazado horriblemente, añadiéndose dos faldones, para formar eso que llaman clase media, y que no es mas que clase de levitas, y colocar entre sus enemigos multitud de espías, condenados á allanarle el camino de su imperio.

Por otra parte, ¿qué es la levita, considerada con relacion al individuo?

Horror, horror, horror, como dice Shakspeare.

La levita que yo uso, que tú usas, que todos usamos, no es mas que el progreso de aquella túnica empapada en la sangre de la venenosa hidra, que amoldándose y adhiriéndose al cuerpo del fornido é invencible Hércules, le sofocó entre sus pliegues, hasta que le vió arrojar jadeante el último suspiro.

La levita, como la túnica de que hablo, se ciñe á nuestro cuerpo, y disfrazando nuestra pobreza, nos exige en cambio del disfraz, como el mas avaricioso usurero, que trabajemos, vivamos y padezcamos solo para pagarle el exiguo favor que nos presta.

Escribo este artículo en mangas de camisa. No estoy bajo la influencia de mis hábitos, y por lo tanto, como el máscara á quien el calor sofoca deja ver su rostro al apartarse un poco la careta, yo, pobre, enmascarado con mi levita, voy á enseñar lo que somos, al separarme un poco el disfraz.

Mi levita ha sido siempre para mí, y segun sospecho para todos los que la usan, el censo mas costoso que haya afligido jamás á ningun mortal, y el óbice eterno para conquistar quizá el templo de la riqueza.

Semejante á esos hombres que se arruinan por haber tomado una cantidad pequeña á un usurero, así yo no he hecho en toda mi vida mas que pagar réditos á mi levita.

Si mi buen padre, en vez de continuar en su hijo la tradicion de su traje, le hubiera vestido con una chaqueta, este hubiera empezado á vivir por el principio, y por consiguiente, hubiera podido utilizar todos los esfados de la vida activa, para ó morir en la demanda, ó colocar á su tiempo la levita sobre sus hombros, cuando esta no hubiera llegado á ser mas que la manifestación real de sus medios de fortuna.

De esta manera, yo hubiera podido hacer lo que mi *inteligencia mercantil* me hubiera exigido; pero ¡ay! junto á los avisos de mi industria estaba la dignidad de mi traje, y me encontré con una finca de recreo, que era preciso conservar á toda costa.

Con solo la mitad de las propinas, que yo sin poderlas dar he dado á *la chaqueta*, en obsequio de *mi levita*, disfrutaria hoy de un mediano pasar, pues siendo yo *chaqueta*, la *levita* me las hubiera dado.

Pero como dije antes, la prenda de la clase media es la túnica que ahoga á millares de Hércules, antes de comenzar sus *doce trabajos*.

La levita es una especie de corcel al que fatigan dos jinetes. Por un lado, la chaqueta la trata como á frac para castigar su hipocresía; y el frac por otro, ó la pone á su altura para arruinarla, ó la trata como á chaqueta.

Los hombres de Estado de todos los paises, así como se cuidan en exigir ciertas rentas y alcabalas para los que quieren usar sus títulos, debían prohibir severamente el uso de *la levita*. A los súbditos que no acreditasen disfrutar de una fortuna al nivel de los gastos de representación que sus levitas les exigen; á aquellos que por los percances de la fortuna hubiesen perdido las suyas, no se les debía permitir, que por un arranque de natural orgullo, condenasen á su posteridad al goce de un vestido honorario, del cual habian de ser los eternos ilotas.

Todo lo que dejo dicho, ha venido á justificar el horror que la levita me inspiró desde la infancia, todo esto lo he pensado muchas veces; pero la levita que llevaba me impedía que lo dijera.

Hoy, al sentarme á escribir, lo he hecho en mangas de camisa; y ¡adios del secreto que yo y todos teniamos muy reservado!

Quod scripsi, scripsi; pero entiéndase que en este instante me vuelvo á vestir para ir al teatro.

¡Ay de aquel que en publico me diga lo que yo de mi levita he dicho!

El honor me pondría en la mano el sable ó la pistola con que habia de terminar sus dias ó dar pábulo para que terminasen los míos.

Vuelve pues, levita mia, á cubrir los hombros de tu dueño. Esos dos botones que en el talle tienes y que para nada sirven, son dos especies de piedras miliarias, que indican á los que te llevan la cuna de tu nacimiento y la sencillez de tu primitivo estado. Sin embargo, levita, rodea mi pecho con elegancia, ábrete para que contemplem el bordado de mi camisa, el brillo de mi reló, la seda de mi chaleco; pero no dejes ver el fondo de los bolsillos de este ni el de los tuyos, porque la carne del grajo se asomará por entre las plumas del pavo real. Lectores, beso á Vds. la mano. Ya me he puesto la levita.

¡Venga una taza de café, una copa de rom y una breva de cabañas!

¡Mozo, toma un napoleon y quédate con la vuelta!

¡Cuidado no me manches la levita!

R. RODRIGUEZ CORREA.

A una niña.

Un vaso alabastrino
De hermosa transparencia
Es, niña, tu existencia
Feliz y virginal,
A cuyos bordes nítidos
Sube de su albo seno
De aroma siempre ameno
Suavísimo espiral.

Tú tienes de las Gracias
El seductivo encanto,
De la inocencia el santo,
Ingénito candor,
Te dió su aureola el ángel,
El mármol su tersura,
Contornos la hermosura,
Su risa el blando amor.

En alas irisadas
De vívida esperanza
Tu corazón se lanza
A un bello porvenir.
El cielo de tu alma
De estrellas mil sembrado,
No tiene ni un nublado
Que empañe su zafir.

Felice tú, que puedes
Sin odio ni amargura
Alzar tu frente pura
Al sumo, eterno Juez;
Y reflejar en tu alma
De virginal limpieza
El bien y la belleza
Con toda esplendidez.

Que puedes ver alegre
Nacer, morir el día,
Llenar tu fantasía
De fúlgida ilusión,
Y de una endecha al eco
Armónico y doliente,
Doblar la casta frente,
Dormirte al blando son.

Tu pecho, arpa celeste,
Ternura rebotando,
A los afectos blando
Responde y musical,
Cual cristalino arroyo
Que va en su ligereza
La gran naturaleza
Pintando en su cristal.

Mas no tiene tu llanto
Acibar ni veneno,
No despedaza el seno
Ni arruga el corazón,
Que mana suave; apenas
Asoma sin fatiga,
Lo bebe el aura amiga
Y calma tu emoción.

Felice tú, que ignoras
Que hay en el alma lentos
Pesares y lamentos
Y lágrimas de hiel,
De un hado rencoroso
Presente á la criatura,
Asunto de tristura
Al canto y al pincel;

Que juegas ledamente
Cual mariposa ufana
Al sol de la mañana
En tu florido abril,
Y tus vistosas galas
Y suelta cabellera
Te tornan mas ligera,
Mas gaya, mas gentil.

Contento dan al mundo
Tu faz y tu guirnalda
Y tu flotante falda
De muelle agitacion,
Pareces en tu garbo
Y alegre movimiento
Risueño pensamiento,
Poética vision.

Dijo el Señor: «Destelle
Mi gloria en la criatura»

Y se gozó en su hechura
De ángel y mujer.
Y fulguró en tu rostro
La dicha de los cielos,
Tus formas los modelos
Trazaron al placer.

Ya de tu blanco seno
Cada naciente poma
Róseo capullo asoma
Galano y virginal.
Ya creces al deleite
Pura, tersa y rosada,
Del cielo acariciada,
Bellísima vestal.

Fresca, blanca magnolia,
Esparce tu fragancia;
Juega, niña, en tu infancia
Sin miedo al porvenir.
Que el cielo de tu alma
De estrellas mil sembrado,
No tiene ni un nublado
Que empañe su zafir.

V. CORONADO.

Caracas 1861.

Las pasiones.

Advierte, hijo mio, advierte
Que vas por mala vereda;
Vuélvete al camino llano
Donde la virtud pasea.
Tiempo es ya, querido Jorge,
De que sientes la cabeza,
Que la tendrás fatigada
Con tus vueltas y revueltas.
Sé un mozo de recto juicio,
Que eso bien poco te cuesta,
Y al diablo da las pasiones,
Que al fin te cuestan pesetas.
Las pasiones, hijo amado,
Son como Ripalda enseña,
«Impetus ó turbaciones
Interiores que nos ciegan.»
Tú que tienes buenos ojos
Es lástima que no veas,
Y es triste que siendo gato
Caigas en la ratonera.
Te apasionaste del vino
Y te vas á la taberna,
Y eres capaz de beberte
A la misma tabernera.
Vienes aquí hecho un *franchute*
Siempre con monas ácuestras,
Y antes de subir al cuarto
Te duermes en la escalera.
Y si arribas por fortuna,
Es con tan escasas fuerzas,
Que te caes de tu peso
Como del árbol la breva.
Arrojas votos que asustan
Y ternos que no se premian;
Y si alguno te corrige
Te pones hecho una fiera.
Y te subes á las barbas
De tu padre que se queja,
Y te subes á las mias
Aun cuando yo no las tenga.
Dios á Noé le perdone
Su célebre borrachera,
Que su invento fué un invento
De muy *turcas* consecuencias.
Mas no es la sobra del vino
La única falta que cuentas,
Que tambien por las mujeres
Has perdido la mollera.
Soy mujer y madre tuya;
Pero hablando con franqueza,
Hijo, las mujeres somos
Malas, muy malas, perversas.
El espíritu de cuerpo
No me ha de hacer embustera;
Y aunque mis dientes son largos
No me he de morder la lengua.
Yo sé que hay sus excepciones
Que existen en toda regia;
Pero en la caza de incautos
No hay una que el tiro pierda.
Dirán que por tí se mueren
Y que por tí se las pelan,
Mas tú serás el pelado

Y ellas lucirán la trenza.
Entre algunas muy benditas
Verás millares de plepas,
Tal que parece muy pura
Suele tener mucha mezcla.
Vete, hijo mio, con tiento
Y no pises mala yerba,
Porque hay mujeres-herodes
Que al inocente degüellan.
Tú sabes que en el amor
Es tu fortuna muy negra;
Y es lo malo que en el juego
Tambien á oscuras te deja.
Sí, Jorge, todo se sabe,
Y sé que el día le empleas
Con los ases y los reyes
Del libro de las cuarenta.
En cien tramposos garitos,
Jorge, tus caudales juegas,
Lo cual en suma es tirarte
A tí mismo de la oreja.
Huye, por Dios, de esos vicios
Que á la desgracia te llevan:
Procura, sin ser preñero
Ser notable por tus prendas.
Olvida tus viejas mañas
Siquiera por ser tan viejas,
Y haz de tus muchos pecados
Propósito de la enmienda.
Así vivirás dichoso
Sobre la faz de la tierra,
Y en el día de tu muerte
Serás todo un *calavera*.

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

La coronacion del rey de Prusia.

Berlin 1º de noviembre.

Hemos hablado en nuestro último número de la solemne entrada que hizo en Berlin el rey de Prusia á su regreso de Königsberg, y ahora nos falta dar cuenta á nuestros lectores de las fiestas que se han sucedido sin interrupcion en los días siguientes. Las invitaciones para las fiestas que debian tener lugar en la corte despues de la entrada oficial del rey en Berlin, habian sido enviadas antes de partir el rey para Königsberg, y una funcion extraordinaria inauguró estas reuniones el 23 en el teatro de la Opera. El teatro estaba lujosamente decorado, y durante una parte de la representacion, muchos de los principales personajes de la corte y del cuerpo diplomático permanecieron en un gabinete que precede al palco del rey.

El 24 se dió un magnífico concierto en el salon Blanco del palacio. La orquesta estaba colocada en un tablado construido en uno de los extremos del salon; á un lado se veian las señoras, cuyo número ascendia á trescientas, sentadas en tres filas de sillas, la última de las cuales estaba ocupada por los individuos del cuerpo diplomático que residen en Berlin, y en el lado opuesto habia algunos sillones inmediatos á la orquesta, que eran los puestos reservados para SS. MM. y para la familia real. Inmediatamente detrás estaban los embajadores extraordinarios; no lejos de la orquesta, los grandes dignatarios y los altos empleados de la casa del rey y de la reina, y en el fondo del salon una multitud de oficiales y de funcionarios con uniforme.

La familia real ocupaba veinte y tres sillones en dos filas. En la primera fila, donde á excepcion del rey solo habia señoras, estaban la reina, la gran duquesa de Sajonia Weimar, su hermana política, la princesa real y las demás princesas de mas íntimo parentesco, y todas resplandecian de diamantes.

Principió el concierto cuando entraron SS. MM. Dirigia la orquesta M. Meyerbeer, director general de la música del rey. Lo primero que se tocó fué la *Fest ouverture*, compuesta por el conde de Redern que desempeña uno de los primeros cargos de la corte, y que gustó mucho. M. de Konski y M. de Bulow, hijo político de Listz, ejecutaron con destreza una fantasía de Thalberg á cuatro manos sobre motivos de la *Norma*. El ilustre director de la música del rey hizo ejecutar despues un himno que habia compuesto expresamente para esta fiesta, titulado: *Himno de la coronacion*, en el que se han notado bellezas que recuerdan el estilo sublime del célebre maestro.

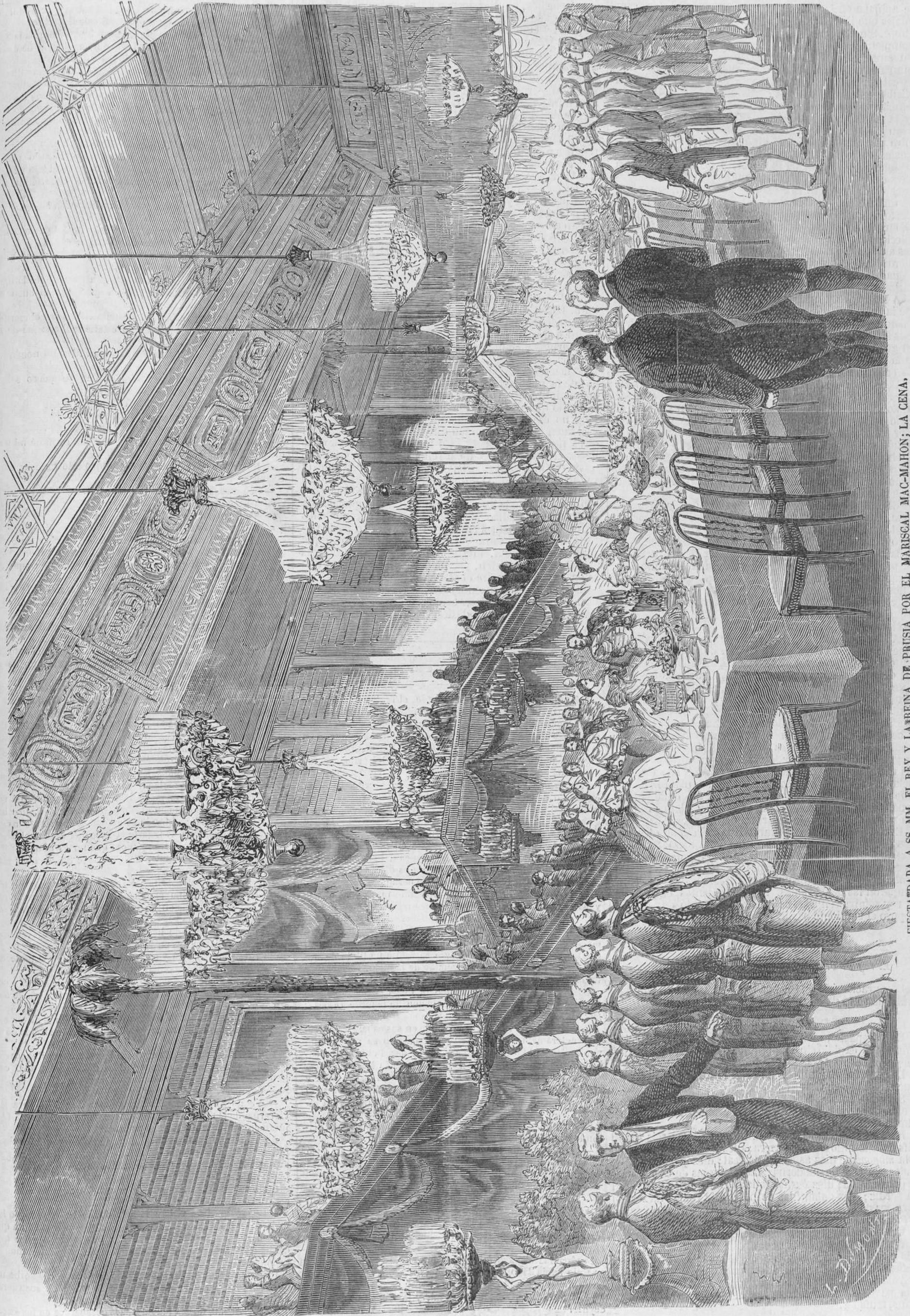
El 25 un gran baile reunió en el mismo salon á casi todos los que habian sido invitados al concierto. Precedió al baile un banquete en la habitacion del príncipe real, al cual asistió toda la embajada francesa.

El embajador y el mariscal comieron el 26 con el rey, y despues hubo baile en las habitaciones del príncipe Carlos.

El 27 el embajador de Austria dió una fiesta en el palacio de la embajada, y al otro día el enviado extraordinario del rey de Italia, el general Della Rocca daba un gran banquete en la embajada de Inglaterra. El 29 le tocó el turno al embajador de Francia, el duque de Magenta, quien tuvo el honor de recibir á SS. MM. La fiesta fué brillante cual ninguna. Desde las seis se paraba ya una gran multitud delante del palacio de la embajada, que estaba brillantemente iluminado; y despues



ENTRADA DE SS. MM. EL REY Y LA REINA DE PRUSIA EN BERLIN; SU PASO POR EL ARCO DE TRIUNFO DE LA PLAZA ALEJANDRO.



FIESTA DADA A SS. MM. EL REY Y LA REINA DE PRUSIA POR EL MARISCAL MAC-MAHON; LA CENA.

se apiñaba en las inmediaciones del palacio. Los carruajes que iban llegando pasaban entre dos filas de curiosos. Sin embargo, los convidados encontraban el paso completamente despejado. Era fácil mantener el orden en aquella multitud apiñada que parecía mirar con simpatía la fiesta internacional que daba el ilustre mariscal por quien la población de Berlín manifiesta un visible entusiasmo. Antes de las nueve los salones de la embajada estaban llenos; el embajador extraordinario y la mariscal de Mac-Mahon, duquesa de Magenta, hacían los honores con la mayor dignidad y gracia. Por otra parte les secundaban dignamente el baron de Belcastel, encargado de negocios; el coronel Borel, primer ayudante de campo del mariscal, y los demás oficiales de su estado mayor, lo propio que los secretarios ó agregados á la legación. El embajador extraordinario vestía el uniforme de gala de mariscal de Francia con calzón corto, que hubiera querido que todos los individuos de la embajada lo vistiesen también, aunque el uso establecido en los bailes anteriores, incluso el de la corte, les autorizaba para vestir de pantalon largo con franja bordada de oro. La escalera y todas sus dependencias, llenas de flores, estaban adornadas con extraordinaria elegancia.

A las nueve y media se anunció la llegada del rey y de la reina. El embajador y la duquesa de Magenta, acompañados por toda la embajada, fueron á recibir á Sus Majestades al apearse del coche, y les acompañaron al gran salón á cuyo extremo había dos sillones sobre una tarima y debajo de un magnífico dosel de terciopelo encarnado, ricamente bordado de oro. Empezó el baile, y pronto SS. MM. dejaron sus asientos para mezclarse con los concurrentes. La reina despues de haber visto bailar algunos rigodones sentada en un sofá al lado de la gran duquesa de Weimar, dió una vuelta por los salones. El rey iba de una pieza á otra, conversando con muchas personas. Vestía un rico uniforme de húsar. SS. MM. dieron á conocer constantemente su satisfacción. La reina en conversacion recapituló los nombres de todos los individuos de la embajada, y tuvo galantes frases para cada uno de ellos.

El mariscal bailó el primer rigodon con la princesa real, cuya encantadora gracia se atrajo la admiracion de todos; y el segundo con la esposa del príncipe Federico Carlos que estaba admirablemente bella, siendo su tocado uno de los mas sencillos y elegantes del baile. En el primer rigodon el príncipe real daba la mano á la duquesa de Magenta. S. A. R., lo propio que otros muchos príncipes y las jóvenes princesas, han bailado sin interrupcion hasta la hora de cenar, con una animacion, amabilidad é interés que raras veces se encuentra en los bailes oficiales.

A las doce de la noche SS. MM. pasaron á la sala en que había de servirse la cena. Este salon, construido en el terreno del jardin, espacioso, alto, de estilo árabe, con su elegante forma, con sus vivos y variados colores, iluminado por mas de dos mil bujías, estaba deslumbrador. En el centro estaba dispuesta una mesa de setenta cubiertos, para el rey y la reina. En las demás mesas dispuestas al rededor de esta había unos setenta á ochenta cubiertos. Se bajaba á este salon por dos anchas escaleras, precedidas de una galería desde la cual se gozaba de un espectáculo verdaderamente admirable. La mesa real estaba espléndida: estaba cubierta de candelabros y de ricas piezas montadas en plata bruñida que deslumbraban. Todo el servicio, tanto el de porcelana como el de cristal, mantelería y plata, estaba marcado con el escudo de armas del mariscal.

El rey y la reina se sentaron uno al lado de otro en dos sillones que había en el centro de la mesa. Sus Majestades quisieron que el mariscal y la duquesa se sentasen á su lado. Los príncipes y princesas, los demás embajadores y los principales personajes de la corte ocuparon las demás sillas. Pocos momentos hacia que el rey estaba sentado, cuando pidió recado de escribir y puso el siguiente parte:

A las doce y cuarto de la noche.

El rey de Prusia al emperador de los franceses.

Doy gracias á VV. MM. por la fiesta magnífica que la embajada nos da en este momento.

GUILLELMO.

Este despacho, que se llevó inmediatamente al telégrafo y se expidió sin demora, debió recibirse en Compiègne á las doce y media de la noche.

La cena fué magnífica. Hé aquí la lista de los platos que en ella se sirvieron:

Sopas. — *Consommés* de aloncillos de aves á la real, de crema de arroz con sustancia de faisanes, de leche de almendras.

Entradas. — Seis salmones á la holandesa; seis ros-bifs de solomillo á la jardinera; diez *filetes* de lenguado á la *mayonesa*; diez aspides á la real; diez *panes* de hígados grasos á la moderna; diez lenguas de carnero á la dominicana; diez *bastiones* de anguilas; diez *fiambres* de perdim; diez galantinas de pollo á la reina; diez *codornices* de *bella vista*.

Piezas gruesas en zócalo. — Seis galantinas de pavo; seis ramos de frutas al champaña; seis jamones de York con jalea; seis pirámides de langosta con salsa picante; seis pasteles de hígado graso de Estrasburgo; dos cabezas con hocico de jabalí; dos *panes* de caza con jalea.

Asados. — Seis cuartos de corzo con salsa de grosella; seis pavos de monte trufados; seis pollas cebadas de Mans, trufadas.

Intermedios. — Diez de frijoles al *terciopelo*; diez de corazones de alcachofas á la leonesa; diez de espárragos en rama á la holandesa; diez de ensalada á la parisiense; diez jaleas de rom; diez jaleas primaverales al *agua de oro*, diez *pudings* á la mariscala; diez *chateaubriands* á la vainilla.

Piezas gruesas de pastelería en zócalo. — Pabellon chino sobre roca; timbal á la parisiense; coscarana de almendra; napolitanas historiadas; *carlota* á la moderna; timbal del renacimiento; torta á la veneciana; turrón con alfonsigos; hojaldres adornados; *chateaubriand* á la Postdam; *muniquin* á la vainilla historiado; *me rengues* á la tirolesa.

Gruesas piezas simples. — Seis turrónes; seis *briches*; seis *babás* á la alemana; seis bizcochos á la vainilla.

Platillos. — Veinte y cuatro de pastelillos calientes al natural: veinte y cuatro de emparedados; veinte y cuatro de bocaditos de hígado graso con trufas; veinte y cuatro de panecillos picantes; cuarenta y ocho bollitos de todas clases.

Reserva. — Cuatro ros-bifs frios; cuatro salmones con manteca de Montpellier; diez *filetes* de vaca con jalea; diez piernas de carnero asadas; veinte y cuatro pollos asados.

Sus Majestades permanecieron en la mesa cosa de una hora. Despues que SS. MM. se retiraron, cambiáronse los cubiertos en todas las mesas, que fueron nuevamente ocupadas por otros convidados. Eran las seis de la madrugada cuando se sirvió la última cena. El rey y la reina, luego que volvieron á subir á las habitaciones presenciaron todavía algunos bailes y se retiraron á las dos de la madrugada, no sin manifestar nuevamente cuán admirados quedaban de esta fiesta y el agradable recuerdo que de la misma llevaban. Con efecto, este baile no era notable solamente por el lujo, la elegancia y el buen gusto que habían dirigido todos sus detalles; otros títulos mas importantes tenia para las benévolas disposiciones del rey y de la reina de Prusia; en cierto modo era una continuacion de la hospitalidad que el rey había recibido en Compiègne, y de la que se mostró tan cordialmente admirado. A todos estos títulos personales el embajador extraordinario del emperador de los franceses añadia el de representante y órgano de los sentimientos de su soberano; y el rey por su parte parecia autorizado para ver, en la satisfacción con que asistía á esta fiesta, una nueva prenda de las buenas relaciones que existen, por no decir de la amistad que se ha establecido entre el emperador y el rey.

El día siguiente el embajador extraordinario, su señora y toda la embajada comieron con el rey, y este convite fué la audiencia de despedida. P. P.

Revista de Paris.

El bosque de Boulogne por la tarde, el Teatro Italiano ó la Grande Opera por las noches, hé ahí los puntos de reunion de la sociedad aristocrática de Paris mientras los salones abren sus puertas. La corte sigue en Compiègne enlutada en la actualidad por el fallecimiento del rey Don Pedro de Portugal, ocurrido casi en el instante en que los príncipes sus hermanos se hallaban con los emperadores entregados á las fiestas dispuestas con motivo de su visita: ¡horrible sorpresa en medio de sus placeres! A la primera noticia de la enfermedad del joven rey difunto, los príncipes se apresuraron á salir de Compiègne, y á estas horas habrán llegado á Lisboa de vuelta de una expedicion interrumpida tan dolorosamente. Mientras la corte imperial permanece en Compiègne no se dará en Paris la señal de las diversiones del invierno, y habremos de contentarnos con lo que nos ofrece la estacion, los teatros, y el paseo, si el tiempo lo permite.

La juventud parisiense sigue afectando mas y mas el aire y las maneras británicas. Los jóvenes mas elegantes se presentan en el bosque en traje de caballeriza, lo que no es de extrañar, pues el buen tono exige en el día que el hombre se ocupe de caballos con preferencia á todo: el ser equivocado con un palafrenero ó un jockey equivale á un título de honor, es casi una gloria. Un vizconde de la mejor sociedad de Paris, que en las últimas carreras de la Marche ha ganado apuestas considerables, ha tenido la dicha de alcanzar este lauro que ha completado su reputacion de hombre *comme il faut* en los círculos mas á la moda.

Días pasados se hallaba el vizconde en sus caballerizas vestido enteramente como sus mozos, cuando se presentó un rico inglés y pidió permiso para ver de cerca el hermoso caballo que salió triunfante en las carreras de la Marche.

El vizconde le recibe muy afable, le enseña el vencedor y las caballerizas, dignas por cierto de ser visitadas, y á todo esto se expresa con un perfecto conocimiento de la raza hípica.

El inglés al oírle hablar se queda enajenado, y mira al vizconde como con deseos de tomarle á su servicio.

— Seria capaz de robársele á su amo, se dice para sí: ¡qué buena traza y qué ciencia!

Y luego añade en alta voz:

— ¿Estás contento en esta casa?

— Sí, señor, contesta el vizconde; ¿porqué lo pregunta usted?

— Porque en otro caso yo te habria propuesto que te vieras conmigo á Inglaterra; por supuesto, no repararia en el salario.

El vizconde se excusó lo mejor que pudo; comprendió que su traje había dado lugar á una equivocacion, pero no quiso darse á conocer y dijo con firmeza:

— Mi amo es muy bueno para mí, y jamás me decidiria á dejarle.

El inglés hubo de contentarse con sacar del bolsillo una moneda de oro de veinte francos, y se la entregó diciéndole:

— Toma para beber un trago á mi salud.

Hoy esta moneda de veinte francos figura como una reliquia en el gabinete del vizconde, que no ha dejado de contar con mucho orgullo este lance á todos sus amigos.

Otra anécdota no menos singular, aunque de muy distinta índole, tenemos que comunicar ahora á nuestros lectores. — El juéves último uno de los novelistas mas famosos de Paris se acababa de poner á trabajar en su despacho, cuando recibió la visita de un desconocido que entró gritando como un desesperado:

— Vengo á pedir á Vd. que me salve la vida.

No obstante esta exclamacion, el recién llegado parecia hallarse en el mejor estado de salud. Además, el lujo y la elegancia con que vestía no permitia suponer que se trataba de una limosna.

¿Cómo el escritor podia pues salvarle la vida?

— Voy á casarme la semana próxima.

— En hora buena; pero ¿con quién tengo el gusto de...?

— Y mi casamiento depende de Vd...

— ¿De mí?... ¡Famosa ocurrencia!... Pero dígame Vd. si quiere con quién tengo el gusto de...

— ¡Ah! ¡si supiera Vd. cuán hermosa es y cuánto la amo! Además, es hija única... por manera que hago un buen negocio.

— No lo dudo, caballero, interrumpió de nuevo el escritor; pero antes de pasar adelante, no estaria mal que me declarase Vd. el nombre...

— ¡Ah! Es verdad: se llama Cristina.... Bonito nombre... ¿no es verdad?

— Preciosísimo; mas no es ese el que yo quiero saber: deseo conocer al fin con quién estoy ha...

— ¡Y si supiera Vd. qué cariño le tiene!

— ¿A quién?

— A usted.

— ¡Ah! No había comprendido; me tiene cariño á mí y sin duda por eso se casa Vd. con ella...

— No es por eso: dígame Vd., porque esto necesita explicaciones.

— Seguramente, y no deseo otra cosa.

— Yo me llamo Enrique de X...

— Acabáramos.

— ¿Quizá conoce Vd. á mi familia?

— No, señor; pero cuando hablo con un hombre, deseo saber quién es: no creo que sea una exigencia exorbitante. En fin, entremos ahora en el fondo de la cuestion: ¿qué desea Vd. de mí?

El enamorado no queria mas sino que el escritor le sirviera de padrino para su enlace, y hé aquí con qué motivo se había visto precisado á formar tal empeño.

Su novia era una de esas jóvenes muy aficionadas á la lectura de novelas, y Enrique para agradarla había entablado amistad con los literatos mas conocidos: hasta había afirmado que el ilustre autor con quien hablaba seria uno de los testigos de su boda.

Cristina había saltado de júbilo al oír esta promesa, pues las novelas del escritor en cuestion eran de las que mas la gustaban.

El novelista, lisonjeado con esta distincion que le había merecido su talento, accedió á lo que le pedían, y se puso á las órdenes de los novios para el día de la boda, que segun escriben al Norte de Bruselas, diario de donde extractamos los pormenores que anteceden, se celebró pocos días despues en la iglesia de la Magdalena.

Las novedades teatrales de la semana se reducen á una pieza en tres actos que con el título del *Sobrino de Gulliver* han dado al Teatro Lírico, donde se ejecuta actualmente los señores H. Boisseaux y T. Lajarte. Queremos contar el argumento de esta aberracion escénica, que no es ni una ópera, ni una zarzuela, ni un baile, aunque tiene un poco de todo esto.

John y Rebeca son sobrinos del difunto Gulliver, quien testó en su favor, distribuyéndoles toda su fortuna por partes iguales bajo la condicion de que se habían de casar cuando llegaran á la mayoría.

Esta época ha pasado hace mucho tiempo, y la joven hace buscar por todas partes en Escocia á su futuro, que se ha fugado sin saber por qué y sin decir á nadie en qué parte del mundo se proponia esconder sus huesos.

La pobre Rebeca desesperada é impaciente medita una venganza contra su primo, y bajo este concepto permite á su vecino Tom que la haga la corte.

Pero hé aquí que una mañana aparece John Gulliver con Soudha Javi, una mujer salvaje que el viajero ha traído de un país lejano.

Tom furioso le pregunta si viene á casarse con Rebeca.

— No, seguramente, responde John; yo á quien amo es á Soudha, y jamás consentiré en separarme de ella.

— Entonces, ¿á qué vienes aquí?

— Vengo á leer otra vez el testamento de mi tío para cerciorarme de si no contiene una cláusula que me liberte de los juramentos que me ha hecho prestar.

Aquí tiene lugar el primer intermedio coreográfico de la pieza. Soudha se pone á bailar á petición de Gulliver, y en esto se presenta Rebeca que se vuelve loca de júbilo al aspecto de su amado primo.

Gulliver pide el testamento, y encuentra adjunto á él este sorprendente codicilo:

«Si John quisiera visitar la luna donde he pasado yo los mejores años de mi vida, no tiene mas que abrir la cajita que hallará en este testamento y tomar tres polvos de los que contiene, y al instante se sentirá arrebatado hácia el mundo de los encantos y las maravillas.»

John se apresura á buscar la caja, y tres veces sorbe un poco del polvo que contiene, sin otro fin que el de sustraerse á las persecuciones de su prima Rebeca.

Electivamente, un segundo despues desaparece en los aires.

Soudha se desespera porque ha perdido á John; pero viendo tan cerca el remedio, toma tambien los polvos mágicos á fin de reunirse con su amante en la luna.

Veamos qué aspecto presenta en el Teatro Lirico este planeta. Árboles de color de rosa, un cielo purpurino y flores por todas partes.

De repente aparece una patrulla que se detiene en medio de un aplauso universal: el batallón se compone de jóvenes bonitas, pues no hay hombres en la luna.

Pero hé aquí que asoma John Gulliver armando un alboroto entre la soldadesca. Oficiales y simples soldados se le disputan á porfía: ha caído la manzana de la discordia en medio del ejército. La reina acude, y para poner orden en la tropa indisciplinada declara que John la pertenece y se le lleva al palacio.

Soudha se pone á bailar, y es tal la admiración que suscita, que la declaran reina en reemplazo de la que se ha conducido tan mal quedándose para sí con el viajero.

Soudha investida de la autoridad soberana se casa inmediatamente con John Gulliver.

No sabemos cómo esta pareja singular baja de la luna después de haberse unido en matrimonio; pero lo cierto es que en el último acto los encontramos en el país de Rebeca, quien insiste con mas fuerza que nunca en sus derechos.

John Gulliver hace bailar á su esposa sin duda para desarmar á su prima; pero esta no cede un ápice, y se empeña en que se ha de cumplir la voluntad del difunto.

Entonces John, perdiendo completamente la paciencia, se despidió para siempre de su prima, recomendándola que se case con Tom, y se vuelve á la luna en compañía de su salvaje esposa.

Tal es el argumento, que una vez conocido, no necesita comentarios de ninguna especie; únicamente diremos en descargo de la inteligencia de sus autores, que les ha sido impuesto por la empresa á fin de que un cantante de un mérito inferior pueda lucir sus escasas facultades, y que una bailarina de extraordinaria agilidad tenga repetidas ocasiones de que la aplauda el público.

A decir verdad estos aplausos son merecidos, pues Mlle Clarelle, que desempeña el papel de Soudha, es una artista incomparable en cuanto á fuerza, ligereza y travesura.

Ya que hablamos de producciones tan extravagantes como la que antecede, vamos á terminar esta revista dando á conocer un libro que se ha publicado esta semana con el título mas que original de *las Cocos del asno*, firmado por un nombre nuevo en la literatura francesa, M. Augusto Joltrois.

Este autor se propone en esta obra una rehabilitación singular, la rehabilitación del burro, y para esto se funda en las pruebas mas concluyentes tomadas de la historia y presentadas con una forma anecdótica y pintoresca.

Citemos un ejemplo, uno no mas, perteneciente á la época contemporánea.

Un excelente animal de la especie consabida, llamado Bobiche, ha tenido el honor de servir en casa del mas fecundo de los autores dramáticos franceses, M. Scribe.

Scribe habitaba casi todo el año en una magnífica posesión campestre situada en Sericourt; se levantaba á las cinco de la mañana, y se dirigía hácia el parque montado en Bobiche. Al entrar debajo de los árboles arrojaba la brida sobre el cuello de su montura, sacaba su librito de memorias y su lapicero y se ponía á trabajar.

«Desde este instante, dice M. Joltrois, Bobiche no tenía amo, era dueño absoluto de su libertad. Podía ir y venir, detenerse, comer yerba, nadie le decía una palabra, y mucho menos el hombre que llevaba encima. Montado en Bobiche ha compuesto Scribe casi todas sus obras maestras, *Miguel y Cristina, la Madrina, el Casamiento por interés, etc.*, etc.

»Por desgracia Scribe cambió de repente su modo de trabajar y se privó de los servicios de Bobiche... Es verdad que le quedaban en cambio otros muchos colaboradores.

»Un día vendrá en que algun crítico querrá darse cuenta de la influencia que la montura ejerció en el jinete; pero entre tanto consignemos un hecho. — Mientras Scribe trabajaba montado en su asno, todas sus producciones son aplaudidas; pero así que se pone á trabajar á pié, los triunfos le abandonan como él ha abandonado su montura.»

El libro no se compone mas que de anécdotas de este jaez, todas ellas con su correspondiente moraleja en honor del héroe cuya rehabilitación está emprendida y desempeñada con mucho chiste.

MARIANO URRABIETA.

Viaje de sir Edmundo Broomley

EN BUSCA DE UNA TAZA DE TÉ.

(Artículo cuarto.— Véase el núm. 458.)

A bordo de la goleta *la Fantasia*.

Estamos engolfados en el mar Amarillo.

El mar Amarillo es amarillo, no obstante el profesor de la universidad de Oxford, que me afirmaba que no lo es, por la razón de que el mar Negro no es negro, y el mar Rojo no es rojo.

Hace trece días que *la Fantasia* ha salido del puerto de Canton. El capitán Lecoq ha renovado su cargamento y va á probar fortuna á Shang-hai. Los fructuosos resultados que le han producido hasta aquí sus operaciones le han puesto de buen humor. Por la noche, después de haber tomado su tercera copa de ron, canta con la voz mas desafinada que he oído hasta ahora en la marina mercante, dos ó tres coplillas de las canciones patrióticas de Beranger.

Yo habria deseado que el capitán Lecoq no hubiese hecho tan buenos negocios.

Mi salida de Canton ha causado una honda pesadum-

bre al anciano Chung-tso, con quien no habia dejado de pasar algunas horas todas las tardes desde el día en que habíamos comido juntos. Al despedirse el buen hombre tenia los ojos anegados en lágrimas, y nunca olvidaré el modo que tuvo de estrecharme la mano. No pude menos de aceptar un cofrecillo que contenía una porción de menudas preciosidades chinas dignas de adornar el gabinete de la joven mas elegante. Pero ¡ay! Chung-tso se quedó con la taza ante la cual todas las porcelanas de la China y del Japón no son nada á mis ojos, la taza que quizá no tiene igual en todo el imperio del Hijo del Cielo, la taza, en fin, cuya posesión me habria dado la mano de miss Aurora. ¡Ah! caprichosa Leili, tan idolatrada por tu padre, ¿no podías haber tomado el té en otra taza?

Hemos sufrido fuertes huracanes en el estrecho de Formose, pero *la Fantasia* ha soportado perfectamente los asaltos del viento y de las olas. El capitán Lecoq estaba envanecido con su buque, y en lo mas fuerte de la tempestad me preguntaba con cierto airecillo burlesco:

— Decíme con franqueza, ¿creéis que un buque inglés saldria mejor del apuro que *la Fantasia*?

— No por cierto, respondí yo; *la Fantasia* es una excelente goleta.

Y el digno capitán, para darme gracias por mi elogio, se puso á silbar un aire belicoso.

Dicen que el estrecho de Formose está infectado de piratas chinos; estos señores no juzgaron oportuno cortarnos el camino: sin duda el temporal les impidió salir.

Esta mañana hemos pasado delante de Ning-po.

No entraba en los proyectos del capitán Lecoq el ofrecer á los habitantes de Ning-po su opio y sus telas, de modo que no he visto los arcos de triunfo de granito consagrados á los laureados de los concursos literarios, ni las librerías célebres en todo el imperio, ni la casa sagrada dedicada á la diosa Ma-Taupa, y cuya puerta está guardada por dragones y monstruos, ni la pagoda que cuenta mil años de fecha, y probablemente nunca sabré á ciencia cierta si las calles de Ning-po son en efecto las mas hermosas de todas las calles de la China.

Hemos aquí en el Yang-tse-Kiang. Un piloto viene á bordo; sin él no hay duda que habríamos zozobrado ya en uno de los innumerables bancos de arena que defienden la entrada de este río tan feo y fangoso.

Las márgenes del Yang-tse-Kiang no tienen gran cosa de pintorescas; pero así como las del Hoang-ho, presentan un espectáculo muy variado de muchos atractivos, sobre todo después de una navegación de quince días, durante la cual apenas se ha visto mas que cielo y agua. Aquí se ve una enseada rodeada de vastos almacenes construidos sobre estacas, en la cual una porción de barquichuelos esperan las mercancías que deben llevarse hácia el mar ó hácia el interior del país; allí aparece una pobre aldea compuesta de algunas chozas toscamente construidas y pintadas, ante las cuales ponen ropa á secar; mas allá se descubre el palacio de un rico negociante: las paredes barnizadas del edificio brillan como laca, las tejas son doradas, los transparentes de las ventanas ostentan variados dibujos, y en el balcón, adornado con jarrones colosales, está el amo tomando el fresco con un amigo y hablando del precio del añil, del algodón ó de la seda; siguiendo adelante asoma una granja medio escondida entre árboles frutales y enredaderas; el labrador que trabaja en su campo interrumpe un momento su tarea para mirarnos pasar, y su mujer desde la ventana nos sigue largo tiempo con los ojos.

Hé aquí una ciudad, Woo-sung, una de las grandes bocas por donde la China absorbe el opio, ese dulce veneno que proporciona á mis compatriotas tan pingües beneficios, y que por un camino tan agradable conduce á los chinos á la decrepitud, al embrutecimiento y á la muerte, fin de todos los males. Entran en Woo-sung de mil á mil doscientas cajas de opio por mes, y cada año la proporción va en aumento, de modo que es de esperar que dentro de medio siglo no habrá un chino en todo el imperio que no considere como un placer el envenenarse para que tome incremento nuestra prosperidad comercial.

No estamos mas que á doce millas de Shang-hai, y nuestra goleta adelanta lentamente al través de las embarcaciones cargadas de arroz, de los buques mercantes ingleses y americanos, de las barcas de mendigos viajeros y de los largos lanchones que desembocan en los canales que riegan los campos cubiertos de cosechas.

Después de haber seguido durante media hora las innumerables sinuosidades del río, distinguimos por fin la gran ciudad comercial, toda ella bañada por los últimos rayos del sol en el ocaso.

Shang-hai.

Al siguiente día de mi llegada á Shang-hai fui á ver al primo de Tien-Hué, el sastre de Singapore, que me hizo un soberbio chaleco. Lao-Pé es el memorialista de Shang-hai mas á la moda. Cinco ó seis personas esperaban a su puerta el momento de ser recibidas. Nuestro hombre, sentado enfrente de una mesa cargada de cubiletes llenos de tinta desleída, de pinceles y de papel de distintos colores, escuchaba atento, con los anteojos alzados sobre la frente, á una joven no mal parecida, que supongo yo le daba la idea de algun billete amoroso, y le pedía sin duda que exornara la expresión de su ardor con todas las flores de la retórica galante.

Yo esperaba tambien mi turno hacia diez minutos, cuando un mozo de unos quince años, que se asemejaba prodigiosamente á un mico, acertó á salir de la

tienda. Le enseñé mi carta de introducción y le hice señal de que estaba dirigida al honorable Lao-Pé. El muchacho la tomó, y volviendo á entrar al punto en la tienda, se la entregó al letrado. Este, después de haberla leído, dijo algunas palabras á la joven china, se levantó de su sillón de caña con tanta precipitación, que estuvo á pique de derribar la mesa, y salió á mi encuentro prodigándome los mas humildes *tchin tchin*, á los cuales respondí yo lo mejor que pude. Luego me dirigió un cumplido que oí con el recogimiento y gratitud que la urbanidad exigía. Así que concluyó, el muchacho que estaba á su lado se inclinó hasta el suelo, y con una voz chillona me dijo en buen inglés:

— Mi abuelo da gracias al cielo, que sin tener en cuenta que es indigno de tal favor, ha querido regocijarse el invierno de su vida trayendo á su casa un huésped que se halla tan por encima de los hombres ordinarios, como el olmo lo está sobre la planta del arroz; y si su primogénito consiente en atravesar el umbral de su miserable casa, todas las flores de la felicidad perfecta se abrirán en el corazón de Lao-Pé.

Mi contestación fué la siguiente:

— La acogida del venerable Lao-Pé, ilustre entre todos los letrados, extasia mi alma con el goce mas puro; el aspecto de su rostro tiene mas encanto para mi vista que el del cielo cuando despunta la aurora; el sonido de sus palabras es mas agradable á mis oídos que la lluvia que cae sobre el musgo después de un ardoroso día de verano; el deseo de entrar en su hospitalaria morada me consume como la llama consume la antorcha; pero no quiero incurrir en el odio de aquellos que asedian su puerta atrasando el feliz instante en que podrán aprovecharse para sí de los prodigiosos talentos con que los dioses se han complacido en adornar á mi primogénito. Volveré á visitarle esta tarde cuando pueda perder un rato con su segundo, sin perjudicar demasiado á sus conciudadanos.

Esta frase dicha de un tiron y traducida por el mozo de cara de mico pareció trasportar de júbilo al honrado memorialista. Sus ojos brillaron de placer á pesar de los esfuerzos que hacia por aparentar que estaba confuso. Me colmó de nuevos cumplidos que duraron un cuarto de hora, y luego de repente, tomando un aire compungido, me habló con una voz triste y casi suplicante. Evidentemente me manifestaba el sentimiento que le cabía por mi resolución de no entrar en su casa en aquel momento, y trataba de vencerme; pero con gran satisfacción de la clientela de Lao-Pé, que comenzaba á mirarme de reojo, hice un movimiento de retirada y empecé mi marcha hácia atrás multiplicando los *tchin tchin*, las sonrisas y las inclinaciones de cabeza. Sin embargo, como á medida que yo retrocedía mi hombre se creía obligado á adelantar por política, no me ocurrió otro expediente, para poner término á aquella escena, que el de plantarle las dos manos sobre los hombros para hacerle estar quieto. Lao-Pé se decidió á otorgarme mi libertad; pero no quiso dejarme salir sin agregar á mi persona á su nieto, el joven Tsia, en calidad de intérprete y de cicerone.

Este mozo me quiso enseñarme no sé cuántas pagodas y palacios cuyas magnificencias me ponía en las nubes; pero yo habia llegado á la China con otro pensamiento que el de admirar semejantes grandezas, y pedí á Tsia que me condujera á la mejor tienda de porcelana de la ciudad.

El tendero era un hombre rechoncho cuyo vientre abultaba mucho mas que el de sus principales figurones. Le mostré los pedazos de la taza rota que siempre llevaba conmigo, y Tsia le explicó lo que yo buscaba. A esto respondió que no tenía una taza como aquella en su almacén, pero que si existía una sola en Shang-hai, no dejaria de tenerla al día siguiente á la misma hora.

Yo dí mi palabra al repleto personaje de que si podia descubrirme lo que buscaba, no repararia en el precio, y para probarle que podia contar con lo que le decía, le compré un servicio de té por el cual le dí lo menos diez veces mas de su valor, á pesar de las miradas y las señales muy significativas de Tsia.

La ciudad de Shang-hai estaba muy alarmada y agitada en aquel momento. Varios correos habian traído la noticia de recientes victorias alcanzadas por los rebeldes, cuyas avanzadas, segun decian, se hallaban á doce ó quince millas de Shang-hai. Con tales boletines, las calles estaban atestadas de mandarines asustados que marchaban á toda prisa, pálidos y trémulos, de ricos comerciantes que emigraban con sus muebles, sus mercancías y sus tesoros, y de personas de cara consternada ó aire sospechoso que leían y comentaban los manifiestos de los generales taepings, pegados en las esquinas durante la noche por partidarios ocultos, y en los cuales se llamaba á los habitantes á secundar la insurrección.

Una partida de tropa bastante numerosa, aunque un tanto en desorden, que venia delante de un hermoso palanquin, nos cerró el paso.

— ¿Qué es eso? pregunté á Tsia.

— Es el gobernador militar que vuelve de pedir á los cónsules inglés, francés y americano el apoyo de los extranjeros contra los rebeldes, me respondió el chico, después de haber preguntado á un barbero ambulante. — El pobre tao-tai, añadió, no pasa buenos ratos desde hace algunos meses.

Otra partida que escoltaba otro palanquin se cruzó con la primera.

Cuando los dos palanquines se encontraron juntos, los mozos que los llevaban se pararon, las cortinillas se descorrieron á la vez, y una cabeza asomó por cada portezuela.

El gobernador militar y el gobernador civil (pues este último se hallaba en el segundo vehículo) se dijeron algunas palabras; luego las dos cabezas se ocultaron, las cortinillas se corrieron, y los mozos continuaron su marcha.

No había yo tenido tiempo para distinguir las facciones de aquellos elevados personajes, pero en breve tuve el placer de contemplar detenidamente sus augustos rostros en casa del pintor mas célebre de Shang hai, que es uno de los amigos de Lao-Pé, y á quien Tsia me hizo el honor de presentarme.

Las imágenes de los Excmos. señores el gobernador militar y el gobernador civil tenían una expresión como de personas extraordinariamente preocupadas con cosas desagradables, y estuve á punto de escribir debajo de cada uno de aquellos retratos: *Funcionario esperando su destitución.*

Hemos entrado en el palacio de un mandarin á quien Tsia suele servir de secretario.

¡Ah! todo era bonitísimo en este jardín: los céspedes, los senderos, las rocas, las cavernas, los arbolillos cortados en forma de leones, de dragones y de tigres; los peces de colores en sus estanques azules adornados de tiestos de flores; todo estaba cuidado con esmero, todo provocaba una admiración incesante.

El jardín del té, adonde luego me llevó mi jóven guía, es en cierto modo el Vauxhall de Shang-hai. Los chinos acuden allí para divertirse con los titiriteros, que ejecu-



EL GOBERNADOR MILITAR DE SHANG-HAI Y CUATRO IMPERIALES.

tan sus habilidades á los sonidos del yu-kam, del tatong, del yung y del sam-siu. Pero aquel día los habitantes de Shang-hai pensaban en otra cosa que en la música, los saltos peligrosos y demás proezas; los volatineros y los instrumentistas, desconfiando de la entrada, habían juzgado á propósito reservar sus talentos para mejores días, y no vi en el jardín del té mas que á un hombre que pescaba con caña debajo de un puente, y á un francés que le fotografiaba.

El pescador me pareció el símbolo vivo de la indiferencia filosófica.

El francés tenía un semblante simpático; yo me acerqué saludándole.

— *Your servant, sir*, me dijo devolviéndome mi saludo; *do you speak french?*

— Un poco, respondí.

— ¡Ah! muy bien; permitidme que me presente yo mismo; me llamo Legrand. — Como todos los europeos que habitan Shang-hai, soy comerciante, y en mis ratos de ocio toco el violin, hago estatuillas, colecciono curiosidades y me entretengo con la fotografía.

— Yo soy sir Edmundo Broomley, le dije, y estoy haciendo en la China un viaje de recreo.

Esto no era verdad; pero ¿cómo confesar á un hombre á quien se ve por la vez primera que se han hecho seis mil leguas en busca de una taza de té?

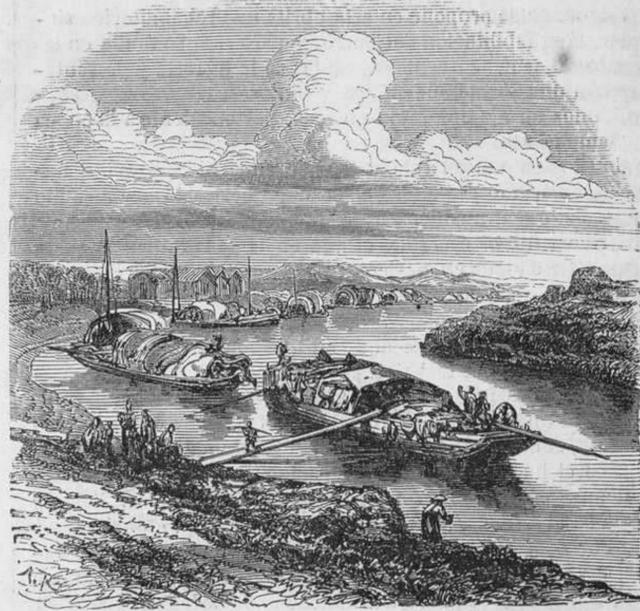
— Habeis venido por gusto, repuso M. Legrand; pues habeis hecho bien. La China es un país en-



PUENTE DEL JARDIN DEL TÉ EN SHANG-HAI.



ENTRADA DEL PALACIO DEL GOBERNADOR MILITAR DE SHANG-HAI.



BARCOS DE MENDIGOS BAJANDO EL YANG-TSE-KIANG.

cantador y muy divertido. Yo quiero dar al mundo una China estereoscópica que cabrá entera en un bolsillo de la dimension ordinaria, pero mi plan presenta algunos peligros.

— ¿Peligros? decís.

— Seguramente. No todos los hijos de la Tierra de las flores se dejan fotografiar con la paciencia de aquel pescador. En Ning-po los habitantes han tomado el cilindro de mi objetivo por un cañon, y figurándose que yo trataba de destruirlos, me asaltaron á pedradas. Yo me he vengado de ellos sobre los mandarines de Shang-hai.

— ¿Y cómo ha sido? le pregunté.

— Uno de mis amigos me había enviado para vender aquí una gruesa de ciertos instrumentos que los ingleses no conoceis, que no existian en tiempo de M. Argant (el M. Argant de Moliere), y que el digno enfermo habría sabido apreciar en lo que valen... ¡Oh! señor mio, no os pongais encarnado, que no precisaré mas los tales instrumentos... «¡Oh! ¡oh! mi amigo se ha engañado, exclamé al ver llegar la pacofilla; esto no tiene salida en el Celeste Imperio, pues ante todo seria preciso convencer á los chinos de la excelencia de la medicacion por los emolientes; ahora bien, como la cosa seria muy larga, devolveré el cargamento á su dueño á la primera ocasion que se me presente.» Y entre tanto guardé en mis armarios ciento cuarenta y tres de aquellos objetos; el que faltaba no cabia, y así fué que se quedó en mi comedor.



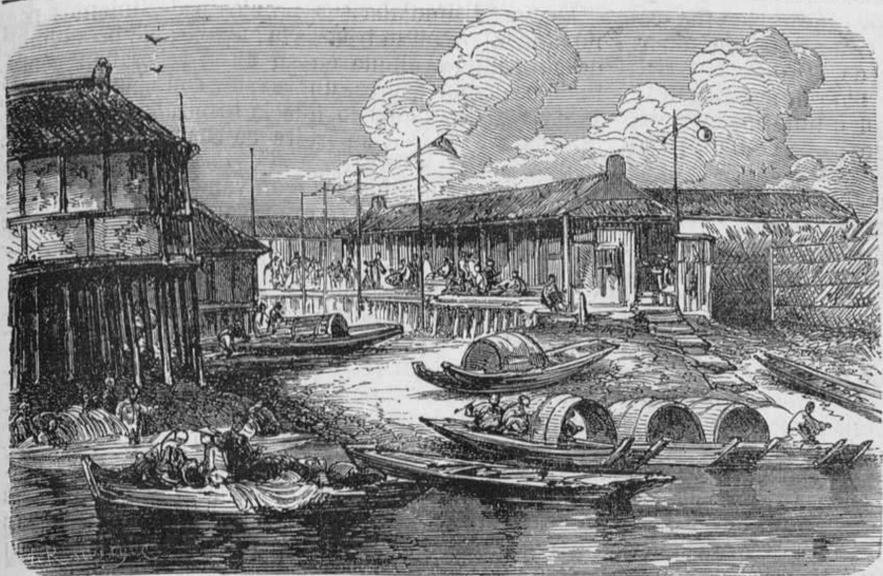
EL GOBERNADOR CIVIL DE SHANG-HAI.

— ¿En vuestro comedor?]

— Sí, no estaba en su lugar, pero el caso es que me sirvió admirablemente. Poco tiempo despues vinieron á comer conmigo tres mandarines, un boton blanco, un boton azul y un boton encarnado. Los ilustres personajes se dieron copiosamente á los vinos de Francia, y á los postres estaban alegres de un modo extraordinario. Uno de ellos descubrió en un rincón el instrumento que persisto en no nombrar, y me preguntó: «—¿qué es eso?» — Una idea repentina cruzó mi mente. «— Vais á verlo,» le respondí. Me levanté, tomé el objeto, le puse sobre la mesa y vacié dentro de él dos botellas de champaña; luego apreté sobre un resorte, y el vino saltó con fuerza y cayó haciendo espuma en las copas que mis convidados alargaron con hurras entusiastas. Ocho dias despues todo el cargamento se había vendido, y entre las principales casas de la ciudad. Un letrado ha inventado para designar el instrumento una perifrasis que significa literalmente: el pequeño templo maravilloso del perfecto licor chispeante. — Hé ahí cómo los mandarines de Shang-hai me han vengado de los habitantes de Ning-po. — He concluido mi retrato del pescador; ¿os agradaria venir á descansar un instante en mi casa?

— Con mucho gusto, respondí.

M. Legrand me hizo los honores de su domicilio con una afabilidad y un buen humor inalterables; me enseñó su China de bolsillo, y cuando le dejé al cabo de una



DEPÓSITO DE MERCANCIAS EN EL YANG-TSE-KIANG.



ALDEA EN LAS CERCANIAS DE SHANG-HAI.

hora, conocí al dedillo las curiosidades de Shang-hai y de sus inmediaciones; hasta había contemplado en todos sus detalles el famoso monumento elevado en Ning-po en honor de la diosa Ma-Taupa, y que sentía mucho no haber visto.

Regalé á mi horrible y complaciente cicerone un estereoscopio que recibí con demostraciones de alegría indescribibles y haciendo gestos de gratitud que le pusieron mas feo aun, cosa que yo habría creído imposible. Cuando nos separamos, Tsia estaba tan contento que se habría arrojado al fuego por mí.

Me vestí de toda ceremonia para volver á casa de Lao-Pé. El memorialista me prodigó las mayores muestras de estimacion y de respeto en su casa, que es muy confortable, y hablamos largo tiempo, to-



MONUMENTO DEDICADO Á LA DIOSA MA-TAUPA EN NING-PO.



JARDIN DE UN MANDARIN EN SHANG-HAI.

mando á té, del porvenir de las bellas leñas en la China.

¿Qué suceso tan extraordinario? ¿No es un sueño? ¿No habría yo fumado opio sin querer? ¿Es verdad que poseo el tesoro tan ardientemente deseado, y que ya solo me separan de la felicidad algunos miles de leguas que haré en dos ó tres meses? ¡Oh! ¡miss Aurora! ¡miss Aurora! ¿será cierto?

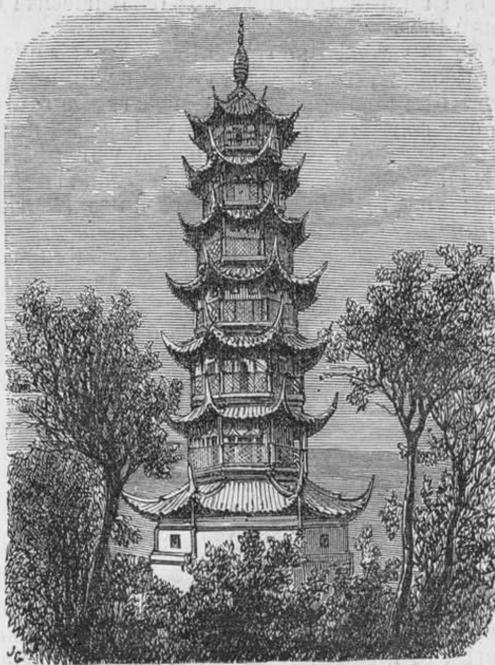
Anteayer volví á la tienda de porcelana, y el tendero me dijo que todos los pasos que había dado habían sido inútiles.

—Podeis estar seguro, añadió, de que no existe en Chang-hai lo que buscáis.

—¿Y no se podría fabricar una taza exactamente igual á la que formaban estos pedazos? —No; era una pieza antigua de un esmalte particu-



EXPLOTACION AGRICOLA EN EL YANG-TSE-KIANG.



TORRE DE UNA PAGODA EN LAS CERCANIAS DE SHANG-HAI.



CASA DE CAMPO EN LAS MARGENES DEL YANG-TSE-KIANG.



BARCO BAJANDO UNO DE LOS CANALES DE RIEGO alimentado por el Yang-tse-Kiang.



PABELLON DE RECREO EN EL YANG TSE-KIANG.

lar cuyo secreto se ha perdido. — Fuí inmediatamente á tomar pasaje en un vapor que debía partir al día siguiente para Petchili, y me despedí del capitán Lecoq, quien me dijo « Buen viaje » con un acento en que quiero figurarme siempre que había cierta emoción.

Por la noche me paseaba en el muelle abandonándome á ideas bastante tristes, cuando un hombre de rostro franco y honrado, extendiendo su mano hácia una linda barca, me miró de un modo que significaba claramente:

— ¿Queréis dar un paseo?

Yo incliné la cabeza en señal de afirmación; ¿no se medita con mas sosiego en una barca que caminando á pié?

Entré en la embarcación; el hombre se sentó al timón, dos remeros hicieron fuerza con sus remos, y comenzamos á bajar suavemente el río.

La noche estaba de una admirable serenidad. Pobres chozas cuya base se hundía en el fango, elegantes pabellones de recreo que salían de las ondas reflejando en ellas los ángulos abarquillados de su doble techumbre, pagodas de siete ú ocho pisos que parecían querer lanzarse hasta el cielo, gruesos juncos de redondos flancos, yolas estrechas y rápidas que se deslizaban en silencio como la nuestra por el agua serena; los árboles de la orilla, los campos de arroz, los vergeles, hasta las áridas playas, todo tomaba á la blanca claridad de la luna una gracia, una hermosura, un encanto indescriptibles.

Poco á poco mis reflexiones cesaron de ser amargas, y mi espíritu, como mecido por la brisa que soplabá suavemente, comenzó á flotar libre de toda traba en una región vaga, misteriosa y poética donde se complacía maravillosamente. Estoy seguro de que no dormía; pero tampoco me hallaba tan despierto como hay que estar para discutir las cláusulas de un arriendo con un labrador, ó para apreciar como es debido la cuestión de la reforma electoral ó del libre cambio.

Ignoro cuánto tiempo duró este estado singular que habría sido un asunto de meditaciones para un discípulo de Fichte ó de Hegel; pero lo cierto es que vino á sacarme de él un grito ronco y salvaje: era un cormorán que atravesaba el río.

Volviendo á entrar entonces en la realidad, observé que habíamos navegado mucho. Habíamos pasado Woon-sung, y nuestra barca se deslizaba entre los bancos de arena que obstruyen la embocadura del Yang-tse-Kiang; los marineros, que al principio habían remado con flojedad, parecían disputar ahora el premio de la carrera á una embarcación invisible.

Esto me sorprendió algún tanto, y miré al barquero en quien descubrí una expresión de astucia y de audacia en lugar de aquella franqueza y honradez que antes me habían cautivado. Dirigió la vista á los remeros: Lavater, á la primera ojeada que hubiese arrojado sobre aquellas dos cabezas bajas y feroces, no habría dejado de exclamar: « Merecen la horca. » El río estaba desierto. Sentí que se erizaba mi cabello y que mi corazón palpitaba con mas fuerza que de costumbre.

Hice un ademán que en todos los países del mundo quiere decir: « Volvamos atrás. » El patrón se sonrió sin hacer caso, y en cuanto á los remeros, redoblaron su energía, de modo que la barca volaba sobre las ondas.

— Stop! grité con voz breve.

El patrón miró á sus marineros de cierta manera; estos abandonaron sus remos, se precipitaron á mí, sacaron cuerdas y argollas, me ataron de piés y manos, me pusieron una mordaza y me tendieron en el fondo de la barca; todo esto no duró mas de un minuto. Evidentemente aquellos hombres acababan de entregarse á una ocupación en la que eran maestros.

Como yo manifestara mi descontento pegando con mis dos piés atados en el fondo de la barca, el patrón vino á mí, y al resplandor de la luna, me puso delante de los ojos un puñal de mango muy cincelado y con una hoja prodigiosamente afilada. H. E.

(Se continuará.)

El Noble en la miseria

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuación.)

Y al decir estas palabras, sus fuerzas le abandonaron y cayó desfallecido en el asiento que acababa de dejar la jóven.

Leonor había dado dos ó tres pasos para alejarse; pero las tristes quejas de Gustavo la habían detenido. En su rostro se podía leer un violento combate entre el deber y el amor. Por fin, su corazón pareció flaquear en la lucha, y lágrimas abundantes saltaron de sus ojos. Se acercó lentamente al jóven, tomó una de sus manos y murmuró sollozando:

— Gustavo, amigo mio, somos bien desgraciados, ¿no es verdad?

Al contacto de aquella mano querida, al sonido de aquella voz amada, el jóven volvió en sí. Su mirada se clavó en los ojos de la jóven con una inefable sonrisa, y loco de júbilo la dijo:

— Leonor, mi querida Leonor, ¿os habeis compadecido de mis dolores? ¿no me aborreceis?

— ¿Un amor como el nuestro puede apagarse en un día, Gustavo?

— ¡Oh! no, no, exclamó el jóven con exaltación, ¡es eterno!

Leonor inclinó la cabeza y dijo con una voz solemne:

— No creais, Gustavo, que nuestra separación me sea menos dolorosa que á vos; si la firmeza de mi amor puede dulcificar en vos las penas de la ausencia, sed fuerte y valeroso. Mi corazón desolado conservará vuestro recuerdo, y os amaré hasta el último instante de mi vida. Volvemos á encontrarnos cerca de Dios, pero jamás en la tierra.

— Os engaños, Leonor, exclamó Gustavo con una especie de alegría; aun no están perdidas todas las esperanzas. Mi tío no es inexorable y cederá compadecido de mi desesperación.

— Puede ser, pero el sentimiento del honor es inflexible en mi padre, respondió la jóven con una voz que era á un tiempo triste y orgullosa. Alejaos, Gustavo; he olvidado ya demasiado el orden de mi padre y desconocido lo que me debo á mí misma quedándome sola con un hombre que no puede ser mi esposo. Partid; si alguien nos sorprendiese, mi padre se moriría de vergüenza y de pesadumbre.

— Un instante mas, mi amada Leonor; escuchad lo que voy á deciros. Mi tío se ha opuesto á nuestro casamiento, y mis ruegos, mis lágrimas, mi desesperación, todo ha sido inútil; fuera de mí, me he rebelado contra mi bienhechor, le he amenazado como un ingrato, he dicho cosas que jamás habría debido decir. Cuando mi acceso de fiebre se disipó, le pedí perdón de rodillas, y él, que tiene buen corazón, me perdonó, pero á condición de que emprendería con él inmediatamente un viaje á Italia proyectado hace mucho tiempo. Cuenta con que os olvidaré... Yo he consentido en este viaje con una alegría secreta, porque durante meses enteros voy á encontrarme solo con mi tío, y me propongo suplicarle sin descanso hasta que me conceda su aprobación para un enlace que debe hacernos á los dos felices.

Una suave sonrisa iluminó el rostro de la jóven, y en su semblante se pintó el gozo que la hacía sentir la encantadora idea de una felicidad posible aun; pero el prestigio se desvaneció en breve y respondió con tristeza:

— Pobre amigo mio, es cruel arrancar esta última esperanza de vuestro corazón, y sin embargo, es preciso. Vuestro tío consentirá quizá; pero ¿y mi padre?

— ¿Vuestro padre, Leonor? todo lo perdonará y me recibirá en sus brazos como á un hijo.

— No, no creais eso, Gustavo; le han herido en su honor; como cristiano perdonará; como noble no olvidará nunca el ultraje que ha recibido.

— Leonor, sois injusta con vuestro padre. Si yo vuelvo aquí con el consentimiento de mi tío y le digo: Haré la felicidad de vuestra hija, dádmela por esposa, ¿qué responderá?

Leonor bajó los ojos.

— Ya conocéis su infinita bondad, Gustavo; mi felicidad es su única preocupación; os bendeciría dando gracias á Dios.

— ¿No es verdad que consentiría? Ya veis que no se ha perdido todo, Leonor; un rayo de luz alumbrará nuestro porvenir; abandonaos á esa dulce esperanza, y permitid que conserve en mi triste viaje la seguridad de que me esperareis confiada en que van á lucir para nosotros días mejores. Sonreídme en el fondo de vuestra soledad; vuestro recuerdo será mi única alegría, y él me infundirá el valor de soportar la ausencia.

Leonor lloraba silenciosamente; la palabra suave y conmovedora del jóven había vencido su orgullo, y en su corazón solo cabían ya el amor y la tristeza.

— Parto, Leonor, continuó, fortalecido con mi esperanza; suceda lo que quiera, ya no me dejaré abatir por el desaliento; Leonor, pensareis en mí todos los días, ¿no es verdad?

— ¡Dios mio! he prometido á mi padre que os olvidaría, murmuró la jóven como espantada.

— ¡Olvidarme! ¿tratareis de olvidarme?

— No, Gustavo, contestó con dulzura; desobedeceré á mi padre por la primera vez; conozco que no puedo olvidaros, que os amaré hasta mi última hora, es mi destino en la tierra.

— ¡Oh! gracias, gracias, Leonor, exclamó Gustavo con exaltación; tus palabras me hacen poderoso contra la suerte; tu imagen, amada mia, me seguirá como un ángel protector en mis alegrías y en mis dolores, de día y de noche; siempre te tendré á la vista... Ahora separémonos, ¡adios! ¡adios!

Y después de estrechar convulsivamente las manos de la jóven, desapareció entre los árboles del jardín.

— ¡Adios! ¡Adios! Gustavo, gritó Leonor como en delirio, dejándose caer sobre una silla presa de un dolor inexplicable y derramando un torrente de lágrimas.

VII.

Leonor había revelado á su padre la última visita de Gustavo, y había tratado de infundirle la dulce esperanza de un porvenir mejor; pero el señor de Vlierbecke la había escuchado insensible, sonriendo amargamente y sin pronunciarse por medio de una sola respuesta decisiva.

Desde aquel día el Grinselhof parecía estar mas solitario y triste que antes. El noble, visiblemente atormentado por un secreto dolor, pasaba largas horas sentado con la frente en las manos y la vista fija en el suelo. Sin duda aparecía á sus ojos el día fatal del vencimiento de la letra de cambio, día que se acercaba amenazante é inevitable, y que debía sumergir para siempre en la mas horrorosa miseria al padre y á la hija.

Leonor disimulaba sus propios padecimientos para no aumentar con su tristeza la inexplicable pesadumbre de su padre. Aunque en su alma rebosaban pensamientos desgarradores, fingía estar consolada y alegre, y hacia y decía todo lo que la inspiraba su tierno corazón para sacar á su padre de sus sombrías cavilaciones.

Pero todos sus esfuerzos eran vanos; su padre no dejaba de recompensarla con una sonrisa ó con una caricia, mas la sonrisa era triste, la caricia forzada y lánguida.

Si á veces Leonor, con las lágrimas en los ojos, preguntaba á su padre la causa de su dolor, él sabía evitar siempre toda explicación sobre este punto. Días enteros se paseaba solo por las alamedas mas sombrías del jardín, como huyendo de todos, hasta de su hija. Si Leonor le distinguía de lejos, sorprendía en su mirada una expresión terrible, la que iba acompañada de movimientos bruscos y convulsivos. Cuando en estas ocasiones se acercaba á él para dulcificar su pena con las muestras del amor mas acendrado, él respondía apenas á sus afectuosas preguntas, y la dejaba para buscar en la casa un refugio en el que pudiera estar solo.

Un mes entero se pasó así, un mes de sombría tristeza y de silenciosos padecimientos.

Sin embargo, Leonor observaba con desesperación la rápida magrura y la creciente palidez del rostro de su padre; habriase dicho que una enfermedad de consumición minaba su vida.

Por aquella época un cambio en la conducta de su padre vino á convencer á la jóven de que un triste secreto, un secreto terrible quizá, pesaba sobre su corazón.

Hacia ocho días que por momentos se encendían sus ojos con un siniestro brillo; constantemente parecía presa de una fiebre violenta, y sus palabras, sus ademanes, sus acciones todas manifestaban una viva y profunda inquietud. Además, cada semana iba dos ó tres veces en su carruaje á Amberes sin dejar traslucir en nada qué clase de asuntos traía entre manos. Volvía tarde al Grinselhof, se sentaba á cenar silencioso y resignado, y muy luego decía á Leonor que se recogiera, mientras él se retiraba con una lámpara á su cuarto. Pero su hija desolada sabía muy bien que no hallaba el reposo, pues en las largas horas que la angustia quitaba á su sueño, oía en el piso superior el ruido de los pasos de su padre, y entonces temblaba en su lecho de tristeza y de espanto.

Leonor era muy animosa por naturaleza, y debía á su educación tradicional una fuerza de alma casi masculina; poco á poco crecía en ella la resolución de obligar á su padre á que la revelara su secreto. A menudo corría en busca de su padre con intención de cumplir su designio; pero la mirada penetrante del noble y la expresión de su fisonomía la contenían siempre. Veía que su padre, adivinando sus intenciones, temblaba en su presencia temiendo que ella le interrogara.

Un día el señor de Vlierbecke había marchado á Amberes muy temprano. Eran mas de las doce del día, y Leonor presa de tristes reflexiones erraba lentamente por la casa. Palabras entrecortadas salían de sus labios, se detenía de repente, gesticulaba y enjugaba las lágrimas que caían de sus ojos. Distráida y sin saber lo que hacía, abrió el cajón de la mesa que servía de bufete á su padre, y encontró en él un solo papel desplegado.

Apenas echó una ojeada á este papel, una palidez repentina se esparció en sus mejillas, y temblando leyó su contenido.

Muy luego volvió á cerrar el cajón, y salió del aposento profundamente abatida.

Llegada á su cuarto se sentó, permaneció un instante muda é inmóvil, con los ojos bajos, y murmuró al fin:

— ¿Vender el Grinselhof? ¿Porqué? M. Denecker insultó á mi padre porque no somos ricos. ¿Qué secreto es este?... ¿Nuestra pobreza será tanta que tengamos que llegar á esa extremidad?... ¡Dios mio!... ¡Ese es el enigma, esa es la causa de la tristeza de mi padre!...

Y cayó en una sombría meditación. Pero poco á poco su fisonomía se animó, sus labios se agitaron, en sus ojos brilló el fuego de una resolución firme.

En tanto que se preparaba á luchar victoriosamente contra el infortunio y la miseria, oyó de repente el ruido del carruaje que volvía al Grinselhof. Salió al umbral de la casa y vió á su padre recostado como un hombre privado de sentimiento, y cuando se apeó, la palidez mortal que cubría su rostro la hizo estremecer de espanto.

Profundamente conmovida, no tuvo fuerzas para dirigir una palabra á su padre, y le dejó entrar en la casa para refugiarse sin duda en el aposento mas recóndito.

Sin embargo, un instante después, como animada por una determinación súbita, se lanzó en pos de su padre diciéndose con una energía febril:

— ¿Debo detenerme mas tiempo por un respeto mal entendido? No, no; quiero saberlo todo, quiero arrancar de su corazón el gusano que le roe, quiero salvarle con mi amor...

Y buscando á su padre, le halló en la última pieza de la casa sentado, con los codos apoyados en la mesa y la frente en las manos, derramando un raudal de lágrimas.

— Padre mio, os suplico de rodillas que me hagais parte de vuestra sorpresa, decidme lo que despedaza vuestro corazón. Quiero saber porqué mi padre se conde á llorar solo.

— Leonor, único tesoro que me queda en el mundo, respondió el padre con una voz quebrantada, y la de-

desesperacion pintada en sus facciones al levantar del suelo á su hija; Leonor, te he hecho padecer mucho; ¿no es verdad? ¡Oh! ven, ven á refugiarte en mi seno; un golpe terrible nos espera, pobre hija mia.

La jóven, como si no hubiera prestado atencion á estos gemidos, se soltó de los brazos de su padre, y con un tono que acusaba una firme resolucion, repuso:

— Padre mio, vengo con el firme designio de saber la causa de vuestro dolor, y no me alejaré de aquí sin conocer ese secreto. ¿Qué desgracia ha podido privarme durante tanto tiempo de vuestro amor para que seais tan reservado conmigo?

— ¡Tú, privada del amor de tu padre! repuso el noble; el secreto de mis dolores es precisamente el amor que te tengo, hija amorada. Durante diez años he apurado el cáliz mas amargo, pidiendo á Dios cada dia que te haga dichosa. ¡Ay! veo que para siempre te ha condenado á la desgracia.

— ¿Y cómo? preguntó la jóven sin manifestar la menor emocion.

— Por la miseria que nos espera, respondió el padre; nos van á despojar de todo cuanto poseemos... tenemos que salir del Grinselhof.

Estas últimas palabras que confirmaban plenamente sus temores, parecieron consternar un instante á Leonor; pero muy luego comprimó esta emocion y dijo con mucho ánimo:

— Conozco vuestra inflexible fuerza de carácter, y sé que esta desgracia os mata porque yo debo participar de vuestra pobreza, que sufririais con mas valor si fuéis solo; bendito seais por vuestro ferviente cariño. Pero decidme: si vinieran á ofrecerme todos los tesoros de la tierra bajo la condicion de que consintiese en veros padecer un solo dia, ¿qué creéis que responderia?

Mudo y sorprendido, el noble contemplaba á su hija dominada por una generosa exaltacion, y en cuya mirada brillaba un fuego heroico. Un suave apretón de manos fué su única respuesta.

— ¡Ah! continuó la jóven, yo rehusaria todas las riquezas del mundo, y sin pesar aceptaria la miseria... Y vos, padre mio, si os ofrecieran todo el poderío imaginable por vuestra Leonor, ¿qué hariais?

— ¡Cielos! exclamó el padre con voz entrecortada: ¿quién se desprende de su vida?

— De este modo pues, repuso la jóven, Dios nos ha dejado á entrambos lo que mas queremos en el mundo. ¿Porqué quejarnos cuando debemos bendecir su misericordia? Cobrad valor, padre mio; sea cual fuere nuestra suerte y aun cuando debamos habitar una choza, nada podrá abatirnos mientras estemos el uno junto al otro.

Una sonrisa en que se confundian la sorpresa y la admiracion asomó á los labios del noble, que cruzando las manos exclamó:

— Leonor, hija mia, no perteneces á la tierra, eres un ángel. Mi cabeza se trastorna; no comprendo tu grandeza de alma.

La jóven vió con una alegría indecible que habia vendido; la llama del valor habia vuelto á lucir en la mirada de su padre, su noble cabeza se alzaba lentamente bajo el impulso del sentimiento de dignidad que henchia su seno. Leonor contempló un instante con una sonrisa celestial el efecto que habian producido sus palabras, y exclamó con un tono inspirado:

— Padre mio, venid á mis brazos; que se acaben las penas; unidos como lo estamos, la muerte es impotente contra nosotros.

El padre y la hija se abrazaron durante algunos instantes enajenados en la mas profunda felicidad. Después de este ferviente y santo abrazo se sentaron el uno junto al otro radiantes de júbilo, y el noble, mas conmovido aun que su hija, repuso con una voz exaltada:

— Una nueva sangre reanima mi corazon, una nueva vida circula en mis venas. ¡Oh! Soy culpable, Leonor; he hecho mal en no decirlo todo; pero debos perdonarme, pues si me detuve fué por la esperanza de encontrar un puerto de salvacion. Yo no te conocia aun como ahora te conozco; ignoraba que Dios en su bondad me habia concedido un inestimable tesoro. Vas á saberlo todo.... la época fatal ha llegado, el golpe que temia es inminente; Leonor, ¿estás dispuesta á oír una revelacion?

La jóven, contenta al ver el desahogo de su padre, contestó con voz cariñosa:

— ¡Oh! padre mio, confiadme todos vuestros dolores, nada me ocultéis, no quiero ceder nada de mi parte. A cada confidencia vereis cómo se alivia vuestro corazon.

El noble tomó la mano de su hija y repuso con un tono solemne:

— Sí, hija mia, te daré tu parte en mis padecimientos, y me ayudarás á llevar mi cruz. Lo que voy á decirte, sin disimular nada, es una triste y lamentable historia; pero no tiembles, hija mia, pues si alguna cosa debe hacerte temblar es el cuadro de las torturas de tu padre. Tambien sabrás porqué M. Denecker ha podido portarse con nosotros como se ha portado.

Dejó la mano de su hija, y sin apartar de ella su mirada comenzó su relacion diciendo con voz serena:

— Aun eras tú muy niña, Leonor, pero cariñosa y buena como hoy, hacias la felicidad de tu madre. Habíamos el humilde castillo de nuestros padres sin que nada viniese á turbar la paz de nuestra existencia, y gracias á la economía, hallábamos en nuestras rentas recursos suficientes para vivir con arreglo á nuestra clase.

Yo tenia un hermano mas jóven que yo, de buen corazon y generoso, pero muy imprudente. Vivía en la

ciudad, y se habia casado con una mujer noble que no era mas rica que él. Ignoro si excitada por la ostentacion le indujo á probar fortuna por medios aventurados; pero lo cierto es que mi hermano especulaba sobre los fondos públicos. Tú no comprendes lo que yo quiero decir: aludo á un juego en el que se pueden ganar millones en un instante, pero que tambien puede dejar al hombre reducido á la miseria mas profunda.

Mi hermano realizó al principio beneficios considerables, y puso su casa bajo un pié que daba envidia á los mas opulentos. A menudo venia á visitarnos, y á tí, que eras su ahijada, te traia mil regalos: en todo nos manifestaba un afecto acendrado.

Con frecuencia yo le amonestaba sobre lo peligrosas que eran las especulaciones que hacia, y le añadia que no estaba bien que un noble arriesgase cada dia su fortuna y su honor en aquellas especulaciones. Como el buen éxito le daba razon contra mí, todo cuanto yo le decia era inútil; la pasion del juego se hacia superior á la prudencia de mis consejos.

La suerte que durante tanto tiempo le habia favorecido, pareció en fin querer abandonarle, y comenzó á perder poco á poco su fortuna. Sin embargo, no se desanimó por esto; al contrario, quiso luchar contra el destino, dando por seguro que el resultado seria ventajoso. ¡Fatal ilusion!

Una noche de invierno, tiemblo al recordarlo, me hallaba yo en el salon á punto de irme á la cama; tú estabas acostada ya, y tu madre oraba á tu cabecera como tenia de costumbre. Un terrible huracan rugia fuera; torbellinos de granizo pegaban en los cristales, y el viento arreciaba á cada instante como si quisiese arrancar la casa de sus cimientos.

Bajo la influencia de la tempestad yo habia venido á concebir ideas negras. De repente oigo un campanillazo y el ruido de un coche que se detiene. Un criado, entonces teniamos dos, sale á abrir, y una mujer se lanza en el salon y cae á mis piés anegada en lágrimas; era la esposa de mi hermano.

Tremulo de sorpresa y de espanto quiero levantarla, pero ella se abraza á mis rodillas é implora mi socorro con desesperacion. Con palabras entrecortadas y oscuras me pide la vida de su hermano, y me hace estremecer con la sospecha de una espantosa desgracia.

Tu madre vino entonces, y ambos tratamos de calmar á la pobre mujer que estaba medio loca; las señales de interés y de afecto que la prodigamos logran calmarla un poco.

¡Ay! mi hermano habia perdido toda su fortuna, y estaba con deudas y en la calle. La relacion de su mujer nos arrancó lágrimas á menudo, pero el fin sobre todo nos sumergió en una ansiedad indescriptible. Mi hermano, anonadado por la certeza de no poder pagar lo que debia, perseguido por la idea de que la ley y la justicia iban á intervenir en sus negocios, habia caido en una desesperacion tal, que el infortunado habia atentado á su vida.

Su pobre mujer guiada por Dios le habia sorprendido en el cumplimiento de su culpable resolucion, y le habia arrancado el arma con que iba á herirse. Estaba encerrado en un cuarto vigilado de cerca por dos amigos fieles. Si alguno en la tierra podia salvarle era seguramente su hermano.

Así lo habia juzgado la infeliz mujer, que habia tomado un carruaje, y sola en medio de la noche y de la tempestad habia venido á mí como á su único recurso en tan horrible trance. Arrodillada á mis piés me suplicaba que la acompañase á la ciudad. Yo no vacilé un instante; tu buena madre, no menos acojorada que yo con la horrible noticia y suponiendo lo que querian de nosotros, me gritó en el momento en que subia al coche: « ¡Oh! Salvale; que nada te detenga; todo lo que hagas lo apruebo de antemano.

El carruaje partió y pronto nos vimos envueltos en las tinieblas. ¿Palideces y tiembles, Leonor? Sí, la noche era horrible; nunca podrias saber la terrible impresion que me produjo; mi cabello encanecido antes de tiempo es una triste prueba de las ansiedades que experimenté... Valor, hija mia; oye hasta el fin.

La jóven, muy abatida con estas revelaciones, fijaba en su padre una mirada ansiosa; el noble prosiguió diciendo:

— Inútil es pintarte el estado de desesperacion y de extravío en el cual hallé á mi infortunado hermano, y decirte cuántas horas debí luchar para hacer penetrar una débil luz de esperanza en su turbado espíritu. No habia mas que un medio de salvar su honra y al mismo tiempo su vida; pero ¿qué medio, Santo Dios! tenia que empeñar lo poco que poseia en garantia de las deudas de mi hermano; el castillo de nuestros abuelos, el dote de tu madre, toda tu herencia, Leonor; en suma, era preciso aventurarlo todo con la certidumbre de perder para siempre la mayor parte. El no me lo pidió, al contrario, no suponía que yo pudiese ó debiese hacerlo; pero yo estaba bien persuadido de que pondria en ejecucion su criminal proyecto si no restablecia inmediatamente sus negocios con el mayor de todos los sacrificios. Y sin embargo, no me decidia.

— ¡Oh! exclamó Leonor aterrada, ¿no quisisteis hacerlo, padre mio?

Una sonrisa de júbilo iluminó el semblante del noble, y en vez de conmoverse con la acusadora exclamacion de su hija, repuso con una voz mas firme:

— ¡Ah! Leonor, yo queria mucho á mi hermano, pero te queria mas aun á tí, mi única hija. Lo que me pedian era la miseria para tí y para tu madre...

— ¡Dios mio! exclamó Leonor con una ansiedad impaciente.

— Por una parte este pensamiento desgarraba mi corazon, quebrantado por otra con el espectáculo de la indecible desesperacion que tenia á la vista. Por fin, la generosidad venció en aquella suprema lucha. Habia amanecido: fui á buscar á los principales acreedores, y firmé el escrito que salvaba la honra y la vida de mi pobre hermano, y condenaba al mismo tiempo á los dos seres que me eran mas caros, á mi mujer y á mi hija, á la última miseria...

— ¡Gracias, Dios mio! exclamó Leonor con alegría, como si de repente la hubiesen libertado de una angustiosa pesadilla; bendito seais, padre mio, por vuestra buena y generosa accion.

Y se levantó lentamente, enlazó sus brazos al cuello de su padre y le dió un ardiente beso, con cierta gravedad sin embargo, como si hubiera querido dar á este beso tan lleno de amor algo de solemne.

— ¿Me bendices porque obré así? exclamó el noble con una mirada llena de gratitud; y no obstante es la accion por la que debo implorar tu perdon, hija mia.

— ¿Mi perdon? repitió Leonor con sorpresa. ¡Ah! si hubiérais obrado de otro modo, ¿cuánto no me habria hecho padecer el dudar de la generosidad de mi padre! Ahora os tengo mas cariño que antes. ¡Perdonar! ¿Es pues un crimen el salvar la vida á un hermano?

— La sociedad no suele juzgar así, Leonor; no se perdona la pobreza á un noble. Reducido á la miseria, espia la humillacion que muchas personas ven para sí mismas en la existencia de la nobleza; el noble debe pagar, y pagar doble. En el caso en que yo me encuentro, le colman de desprecios y de burlas, le tratan como un paria; sus iguales le huyen para no parecer responsables de su falta de recursos, y los demás se rien de su desgracia y le insultan, como si su caída fuera para ellos una dulce venganza. Feliz aquel que tiene en su desgracia un ángel consolador como tú, que le da fuerzas contra el infortunio; pero escucha, hija mia.

Salvé á mi hermano, y mi accion quedó envuelta en el secreto mas profundo. Entonces abandonó el pais y se fué con su mujer á América, donde ganó despues con su trabajo lo suficiente para arrastrar una vida mísera; su mujer pereció en el viaje. En cuanto á nosotros, nada poseemos ya: el Grinselhof y demás bienes que teniamos estaban hipotecados por deudas superiores á su valor, y además me habia visto en la precision de pedir prestado á un noble conocido una suma de cuatro mil francos reconocida por una letra de cambio.

Cuando tu madre supo la extension del sacrificio que yo acababa de hacer, no me hizo la menor reconvenccion; en el primer instante aprobó enteramente mi conducta; pero en breve la miseria vino á imponernos tan amargas privaciones, que el valor de tu madre sucumbió poco á poco bajo su peso, y cayó en un abatimiento tal que se consumia rápidamente.

(Se continuará.)

El mes de octubre en Polonia.

El mes de octubre pareció que debia ser para la Polonia el principio de una nueva era. Las elecciones de los consejos comunales y de distritos instituidos por un ukase del mes de junio último, se efectuaron en todo el reino sin el menor desorden, y ellas daban al partido nacional jefes capaces de mantenerle en las vias de la moderacion. El nuevo consejo de Estado habia comenzado sus tareas y ya entendia en varios proyectos de reforma muy importantes; todo en fin parecia anunciar la sincera y próxima realizacion de las promesas que acompañaron al nombramiento del general Lambert para las funciones de lugarteniente del emperador. Sin embargo, era muy difícil que el gozo causado por esta nueva situacion no se demostrara con algunas manifestaciones hijas del espíritu nacional que se despertaba, y del recuerdo siempre vivo de la antigua union: y estas demostraciones han bastado para turbar al gobierno ruso, para hacer renacer todas sus desconfianzas y con ellas el régimen de rigurosa comprension que parecia dispuesto á abandonar.

La mas importante de estas manifestaciones tuvo lugar con motivo de los funerales del arzobispo de Varsovia, monseñor Antonio Fijalkowski, que falleció el 5 de octubre á las siete de la mañana, á la edad de ochenta y tres años. Durante veinte y cinco años, este prelado cuyo retrato dimos en el número 446, habia ocupado la silla metropolitana, primero como administrador de la diócesis, y luego como arzobispo titular. Su caridad, su ilustrada tolerancia y su adhesion á la causa nacional sobre todo en estos últimos tiempos le habian hecho muy popular. En julio último, y fué quizá la última vez que ofició pontificalmente, quiso celebrar en la catedral un servicio por el alma del príncipe Adam Czartoryski. Al salir de la iglesia, el pueblo entusiasmado con el valor de que acababa de dar una nueva prueba, se disponia á reemplazar los caballos de su coche para llevarle á su palacio; pero el digno prelado no quiso consentir en ello, y á pesar de su edad y del estado de debilidad en que ya se hallaba, prefirió volverse á pié al arzobispado, en medio de la muchedumbre inclinada á su paso, y que no se separó sino despues que él la hubo bendecido desde su balcon. (Véase el número 454.)

Durante su última enfermedad oraban por la prolongacion de sus dias no solo en las iglesias católicas y en los conventos, sino en los templos protestantes y en las sinagogas. Su muerte ha sido para la diócesis de Varsovia y para el reino de Polonia un luto nacional.

El 10 de octubre tuvieron lugar sus funerales. Desde por la mañana las tiendas y los talleres estaban cer-

rados y toda la ciudad estaba de luto. El fúnebre cortejo salió del palacio episcopal á las tres de la tarde y fué á la catedral, evitando las calles demasiado estrechas y atravesando la plaza de Sajonia (véase nuestro dibujo). A la cabeza marchaba el clero de todas las parroquias

lita conducidos por el gran rabino, el respetable M. Meissels, y el predicador de la sinagoga M. Jastrow y los diferentes gremios y las escuelas, los funcionarios públicos y un crecido número de campesinos, entre ellos los de Pulawí, pueblo que perteneció en otro tiempo á la familia Czartorysky. Cada gremio, cada diputacion llevaba su bandera, en la cual se veian unidas las armas de Polonia y las de Lituania, el águila blanca y el jinete lituaniense. En este postrer homenaje rendido á un prelado querido y venerado por todo el mundo, era difícil no reconocer al mismo tiempo todas las señales de una gran manifestacion nacional.

Las autoridades rusas no se engañaron sobre este punto. Otra manifestacion estaba anunciada para el 15, aniversario de la muerte de Kosciusko. El 14 todo el reino fué puesto en estado de sitio y se prohibió la manifestacion proyectada. Al abstenerse de toda manifestacion exterior, el pueblo creyó poder reunirse al menos en las iglesias para orar á un tiempo por la patria y por el ilustre patriota muerto hace cuarenta y cinco años. La autoridad militar hizo rodear las iglesias, los templos protestantes y las sinagogas, y las personas que se encontraban dentro permanecieron allí sitiadas durante todo el dia, sin alimento y sin medio de satisfacer sus necesidades mas urgentes. En dos iglesias, la catedral y los Bernardinos, este bloqueo de nueva especie se prolongó hasta media noche. A eso de las tres de la madrugada derribaron las puertas, y los soldados se precipitaron en medio de los fieles á evacuar violentamente los templos. Se cometieron muchos robos, y ha corrido sangre al pié de los altares.

De resultas de estas profanaciones el consistorio ha hecho cerrar todas las iglesias. Los protestantes y los israelitas siguieron este ejemplo. La autoridad ha pedido que se levantase la prohibicion y que se abrieran de nuevo las iglesias; pero la respuesta fué que no se accedería á ello sino cuando se hubiesen dado garantías contra la repeticion de semejantes excesos.

Desde entonces Varsovia ha sido ocupada militarmente como una ciudad tomada por asalto. Las plazas públicas están cubiertas de tiendas; los cañones apuntan en todas direcciones, y las patrullas recorren las calles en todos sentidos. Cerca de cuatro mil personas fueron presas en el dia y la noche del 15, en el interior y á la salida de las iglesias, así como en las calles donde muchos vecinos y muchos forasteros han sido objeto de violencias y de ultrajes por parte de los soldados rusos. Hoy la mayor parte de estas personas están en libertad; sin embargo, se han hecho otras prisiones de hombres influyentes, y estas medidas han esparcido en la ciudad el terror y la tristeza.

El gran rabino Baer Meissels y el predicador Mazem Jastrow, cuyos retratos damos, han contribuido poderosamente á reunir á la causa á los judíos que son muy numerosos en Varsovia, dando así el ejemplo del valor

y de la union y conquistándose una popularidad inmensa. Baer Meissels, nacido en 1802, ha habitado largo tiempo en Cracovia y ha desempeñado un papel importante en los sucesos de que ha sido teatro esta ciudad en nuestros dias. En 1856 fué llamado á las funciones



BAER MEISSELS, gran rabino de Varsovia.



DOCTOR JASTROW, predicador de la sinagoga de Varsovia.

católicas de Varsovia, y seguian el consistorio católico y muchos obispos precediendo al féretro.

Llevaban el cuerpo alternativamente obreros, vecinos de la ciudad, campesinos, hacendados y funcionarios de todas las categorías. Detrás iban las órdenes religiosas; os pastores protestantes, los ministros del culto israelita

de rabino superior en Varsovia por los israelitas de esta poblacion. Su colega el predicador Jastrow nació en 1829 en el ducado de Posen. Doctor en 1856 se distinguió muy luego por su talento y su fuerza de carácter, y dos años despues fué llamado á un puesto que ocupa con mucho brillo en la sinagoga de Varsovia. A. L.



FUNERALES DE MONSEÑOR FIJALKOWSKI arzobispo de Varsovia.

Leclère, actor francés.

Leclère, célebre actor francés que una muerte prematura acaba de arrebatarse a un teatro donde será reemplazado difícilmente, era uno de esos artistas cuyo talento no puede definirse con exactitud. Manifestaba mucho estudio y mucha observación, pero la naturaleza y el temperamento del hombre dominaban siempre en sus facultades escénicas. Pisó las tablas siendo muy joven; pero hasta 1841 no se atrevió a venir a París, donde al principio no obtuvo la mayor aceptación; Leclère no era de esos cómicos en quienes aparece el talento bajo



LECLERE, actor del teatro de Variedades de Paris.

una máscara cualquiera; no podía hacerse admirar sino en un personaje que estuviera en relación exacta con su naturaleza, y quiso la suerte que los primeros papeles que desempeñó se encontrasen justamente en el caso contrario. Por fin salió en el *Homme blasé*, cuyo protagonista era él en realidad, y su reputación quedó hecha desde aquel momento. Posteriormente lució sus talentos en otras piezas, y en 1848 entró en el teatro de Variedades, donde acabó de consolidar la fama que se había hecho. — Estos pormenores están tomados de una carta escrita con mucha gracia por el actor difunto, a uno de sus amigos que le pedía apuntes biográficos sobre su persona. A. DE B.

Juan Journet.

Acaba de morir en Tolosa un hombre muy célebre en las calles de París, un sectario, un exaltado, un reformador, un ideólogo, un fourierista, un profeta y un apóstol llamado Juan Journet. En su juventud había principiado por ser farmacéutico en una ciudad de provincia; pero de repente abandonó la farmacia, vino a París y comenzó a predicar por todas partes, en la vía pública, en los cafés y hasta en los teatros, promovien-

do alborotos en que más de una vez debió intervenir la policía. Jamás la manía de la predicación se había manifestado en Francia de un modo tan implacable. En cuanto sabía Juan Journet que un salón estaba lleno de gente, al punto llegaba, penetraba en él a pesar de los criados, y con su mirada iluminada y su palabra ardiente dominaba el ruido de la orquesta y conseguía exponer sus doctrinas.

En marzo de 1848 en medio de una función del Teatro Francés cortó la palabra a los actores y comenzó una de sus interminables profecías. El patio impuso silencio al apóstol, y este que conservaba en todas las ocasiones la mayor sangre fría, envió a la asamblea una multitud de papellitos impresos que contenían la sustancia de sus ideas, y por fragmentos debieron tragar los espectadores el discurso que no habían querido oír de su boca. Este intermedio hizo mucho ruido en París durante algunos días.

Dos ó tres años antes de esta memorable escena en el Teatro Francés, sucedió que Alejandro Dumas, el ilustre padre pródigo, encontrando en la calle al pobre Juan Journet miserablemente vestido, aun para un apóstol, y demasiado flaco aun para un hombre que vive soñando, le dijo:

— ¡Ah! sois vos, Juan Journet, grande hombre a quien no hacen justicia vuestros contemporáneos; me permitireis que yo repare en lo posible la ingratitud de los hombres. Desde hoy podéis contar con una renta de 1,200 francos, hipotecada sobre el producto de mis obras. Cobrareis por trimestres, y en cuanto llegue a casa os voy a enviar el primero adelantado.

¡Mil doscientos francos anuales! Se cuenta que Juan Journet estuvo a punto de caerse al suelo de conmoción. Para él era una California, y así fué que comenzó a hacer locuras. Se compró una camisa, se lavó las manos, y dió a limpiar el cuello del vestido ambiguo que llamaba su levita. Luego con este lujo inusitado aguardó el efecto de las promesas del

famoso novelista. Dos días, cuatro, una semana estuvo esperando, pero no recibió lo que se le había prometido.

En vano escribió una carta al grande hombre para recordarle su laudable acción, y en vano intentó visitarle. Por fin le encuentra en la calle de nuevo.

— Me habiais dicho, me habiais asegurado... exclamó Juan Journet con voz balbuciente.

— ¿Qué?

— Que podía contar con una pensión de mil doscientos francos.

— ¡Mil doscientos francos!... ¡Ah! pobre amigo mio, qué mezquindad por mi parte... Me acuerdo y me avergüenzo de tal promesa. ¿Dónde estaba yo cuando me atreví a ofrecer esa miseria a un hombre como vos, a quien la posteridad debe levantar altares?... Hacedme el favor de olvidar esa cifra... quiero daros tres mil francos... mi notario irá a vuestra casa y se extenderá una escritura, una donación en debida forma, es lo más seguro... Esta noche ó mañana a lo más tarde vereis al notario.

Esta vez el apóstol debió creerse más rico que Rothschild, y en el acto mandó poner mangas nuevas a su levita. ¡Imprudente!

Sin embargo, ahora la cosa le parecía segura; habían hablado de un notario: no era posible dudar. Pero ¡ay! Juan Journet no vió jamás un céntimo de esta renta

imaginaria. La creencia de Dumas en sus invenciones iguala quizá a la facilidad creadora de su genio. Él es el primero que se engaña con los cuentos que inventa. Si le hubiesen hablado de Juan Journet, habría sido hombre para contestar con la mejor buena fe del mundo:

— ¡Ah! sí, Juan Journet, es un buen hombre, un pobre diablo de profeta, a quien paso una renta de tres mil francos.

Juan Journet ha vivido veinte años predicando sin convertir a nadie, y en la mayor miseria sin quejarse de ella nunca. Por fin el pobre alucinado ha terminado sus días en el hospital de Tolosa. N.



JUAN JOURNET.

Vida y muerte del príncipe Don Carlos

POR W. H. PRESCOTT.

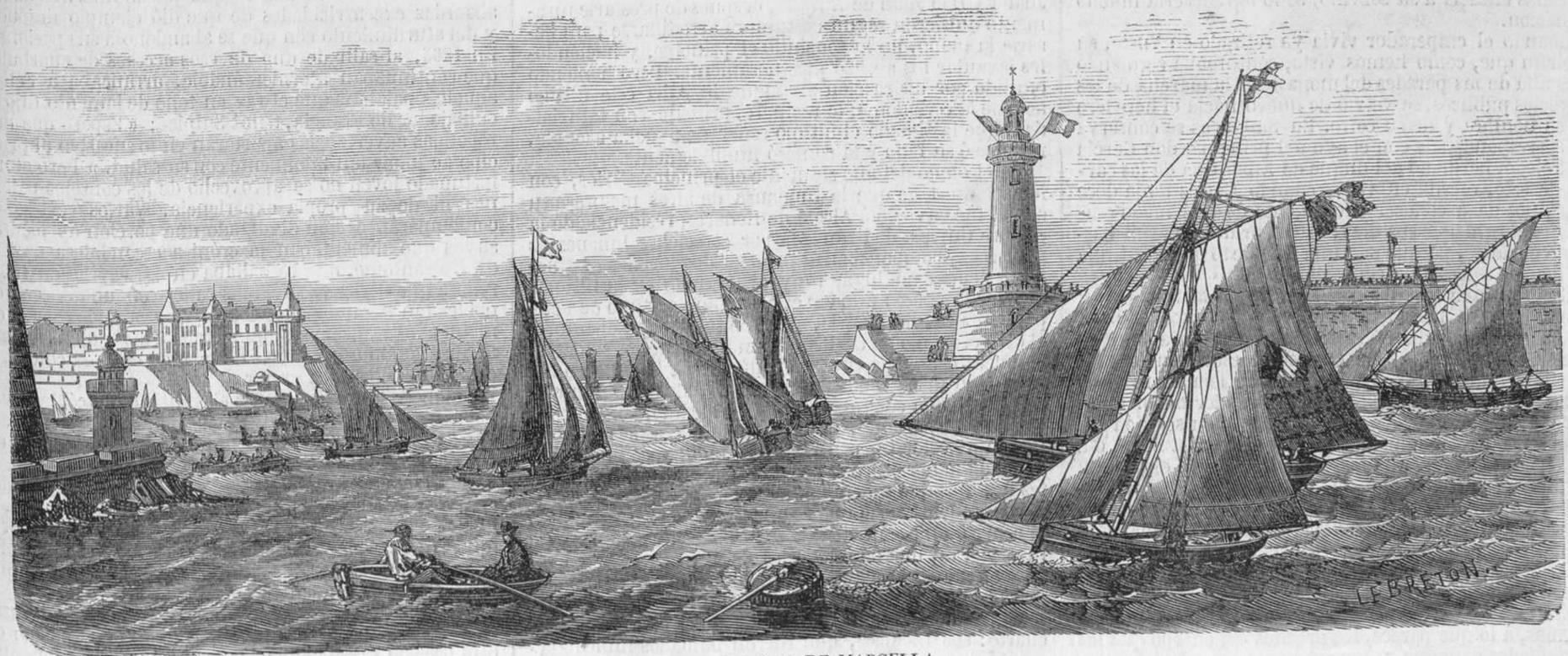
CAPITULO PRIMERO.

(1567—1568.)

Educación y carácter de Don Carlos. — Peligrosa enfermedad del príncipe. — Actos de extravagancia del mismo. — Juicios que acerca de él se han formado. — Sus relaciones con los flamencos. Proyecto de fuga. — Conducta insensata de Don Carlos. — Su prisión.

Volvamos ahora a España, donde ocurrían a la sazón acontecimientos de la mayor importancia para el porvenir de la monarquía. En tanto que se desenvolvían en los Países Bajos los trágicos incidentes descritos en uno de los libros anteriores de esta historia, era teatro el palacio mismo del monarca de un drama no menos conmovedor, a juzgar por lo que decían los rumores populares.

Queremos hablar de la muerte de Don Carlos, príncipe de Asturias, y de la de la joven y bella esposa de Felipe II, Isabel de Valois. Las relaciones entre el príncipe y la reina, su fin precoz y el misterio de que fué



LAS REGATAS DE MARSELLA.

rodeado, contribuyeron, juntamente con el carácter sombrío y severo del rey, á que se formaran las mas terribles sospechas sobre la causa de su muerte, envuelta, aun en aquella misma época, en una oscuridad que no habian podido disipar despues los cronistas. Por esa razon ha ofrecido esa catástrofe un tema inagotable á la ficcion, de suerte que puede decirse que ha pasado del terreno de la historia al de la novela. Ha sido considerada como un asunto que llenaba las condiciones del drama, y la literatura de Europa se ha enriquecido con mas de una obra dramática que lleva el sello del genio y pinta con melancólicos colores los amores y desgracias de Carlos ó Isabel.

No podia abrirse discusion sobre un hecho tan oscuro y tan erizado de dificultades, cuando los archivos españoles estaban severamente cerrados hasta á los sabios mismos del pais; pero hoy, que afortunadamente han prevalecido ideas mas liberales y se han abierto los terribles calabozos en que dormian los secretos de la monarquía española, parece llegada la hora de hacer penetrar la luz en esas tinieblas. Si no podemos lisonjearnos de haber descubierto el velo que por tanto tiempo ha cubierto á ese episodio, creemos al menos, merced á los materiales que nos hemos procurado, poner á nuestros lectores en un punto de vista nuevo y mejor para abarcar todo el fondo de esa historia y formarse una opinion personal.

Don Carlos nació el 8 de julio de 1545: su madre, María de Portugal, que apenas contaba entonces diez y ocho años, murió á los pocos dias de haber dado á luz aquel niño, que vino á entrar así en la vida bajo funestos auspicios.

Privado Don Carlos desde la cuna de los solícitos cuidados de una madre, tampoco conoció la vigilancia paterna: hasta que cumplió los catorce años, rara vez vió á su padre, que estaba casi siempre ausente, viajando por los Países Bajos ó por Inglaterra. El cuidado del joven príncipe, durante la mayor parte de ese período, fué confiado á la hermana de Felipe, la regente Juana, princesa de excelente corazón, pero que alarmada probablemente de la débil constitucion de su sobrino, fué con él, segun dicen, sobrado indulgente, atendiendo mas á robustecer su salud que á formar su carácter. Con nuestra facilidad en creer en los milagros de la educacion, nos sucede á veces hacer á los padres ó á los preceptores responsables de defectos que quizá con mas razon podrian atribuirse á una naturaleza viciosa.

Mas adelante encargó el rey la instruccion de su hijo á Honorato Juan, hombre de gran saber que formaba parte de la real servidumbre. Honorato Juan era tan piadoso como instruido, y poco despues de haber aceptado el encargo que se le habia dado, abrazó la profesion religiosa. Su correspondencia con Felipe, á la sazón en Flandes, revela los progresos hechos por Carlos cuando tenia once ó doce años. El contento que expresa el rey en su primera carta disminuye poco á poco en las sucesivas, donde manifiesta serias inquietudes, á consecuencia de haberle informado el maestro de la indiferencia que iba mostrando el discípulo por sus estudios.

En 1556, al dirigirse Carlos V á su retiro del claustro en Yuste, se detuvo algun tiempo en Valladolid, donde vió á su nieto, observando con la mayor atencion al heredero del inmenso imperio que acababa de resignar. Refirióle sus campañas y su huida á Inspruck, donde estuvo á punto de caer en manos del enemigo.

El joven príncipe, que escuchaba con suma avidez, le interrumpió exclamando: « ¡ No hubiera huido yo! » Carlos V trató de hacerle comprender que habia cedido á la necesidad, pero el joven se obstinó en sostener que por su parte no habria él huido, cosa que divirtió al emperador y debió sin duda agradarle, recordándole el ardor de su propia juventud. Sin embargo, no se cegó en cuanto á los defectos de su nieto, cuyo carácter caprichoso y tiránico daba evidentes indicios de la excesiva indulgencia de su hija la regente: echóle en cara su poca deferencia hacia su tia, y dijo claramente á esta que si corrigiese con mas eficacia á su sobrino, se lo agradecería mucho la nacion.

Cuando el emperador vivia ya retirado en Yuste, su espíritu que, como hemos visto, continuaba siguiendo mas allá de las paredes del monasterio la marcha de los negocios públicos, se volvió de nuevo hacia el heredero de su nombre y de su cetro. En Simancas se conserva su correspondencia con el ayo del príncipe, don García de Toledo, hermano del duque de Alba. Una de las cartas de este, escrita en 1557, cuando Carlos tenia doce años, nos da á conocer brevemente de qué modo empleaba el príncipe sus dias: estos pormenores son bastante curiosos, porque dan una idea de lo que constituía en aquella época una educacion real.

Carlos estaba levantado á las siete de la mañana, y á las siete y media se habia ya desayunado y oído misa. Entonces se ocupaba en sus estudios hasta la hora de comer. No se dice en qué consistian esos estudios: un escritor contemporáneo pretende que leia entre otras obras, los Oficios de Ciceron para aprender mejor á gobernar sus pasiones. Comia á las once y en seguida iba á jugar con sus compañeros, unas veces á la barra ó á los trucos, especie de billar, otras veces á la esgrima y algunas montando á caballo. A las dos y media merendaba, y despues oia alguna lectura, ó si el tiempo estaba bueno, daba un paseo por el campo. Cenaba al anochecer, y á las ocho y media, despues de rezar el rosario, se acostaba, pasando generalmente la noche, como dice su ayo, en un solo sueño.

Era esta seguramente una vida primitiva que satisfacía mas, á lo que parece, los apetitos del cuerpo que las necesidades del alma, y tan arreglada como la del emperador

en su convento. Sin embargo, don García no oculta el disgusto que le causa el poco interés que tomaba el joven príncipe, no sólo por sus estudios, sino por la esgrima, el palo y otros ejercicios corporales tan esenciales para la educacion de un cumplido caballero de aquella época. Al mismo tiempo señala los primeros síntomas de aquellos accesos de cólera que amenazaban ya desde entonces la constitucion de Carlos y que mas adelante la minaron tan profundamente.

En otra carta insinúa don García que Carlos V haria bien en permitir á Carlos que fuera á visitarle á Yuste, y expresa la confianza de que la autoridad del abuelo haria lo que no habia podido hacer la suya.

Pero evidentemente este consejo no fué del gusto del real solitario, que sin duda no estaba dispuesto á imponerse á sí mismo una penitencia, recibiendo en su casa á un huésped tan turbulento. La muerte del emperador, que acaeció poco despues, le evitó el dolor de asistir al desgraciado fin de su nieto.

Las Memorias de los embajadores venecianos, esos documentos tan instructivos para el conocimiento de los asuntos de interés general ó doméstico, hacen en varios pasajes mencion del príncipe en aquella época. Las observaciones de esos enviados no son, en modo alguno, lisonjeras: pintan á Carlos como un joven aturdido, iracundo, fogoso, hasta cruel, y tan arrogante, que se resistía á permanecer mucho tiempo con la cabeza descubierta en presencia del emperador ó de su padre. Sin embargo, otros rasgos vienen á suavizar la severidad de ese croquis: el príncipe era generoso hasta la prodigalidad, y á falta de dinero daba las chucherías que poseía, alhajas y hasta sus prendas de vestir. Era valiente y apasionado por la vida militar, huía de las frivolidades, despreciaba á los bufones y tenia dichos tan agudos, que su ayo se tomó el cuidado de recogerlos. Este retrato de un adolescente que apenas contaba catorce años, parece, así en lo bueno como en lo malo, tan recargado como lo son de ordinario los retratos de los príncipes.

Sin embargo, bien puede hallarse en el estado de salud de Carlos cierta excusa para sus defectos, ó al menos para las debilidades de su carácter. Su temperamento enfermizo se habia manifestado ya por una fiebre intermitente, que continuó padeciendo todo el resto de sus dias.

Por efecto de esta cruel enfermedad se debilitó su inteligencia; declinó su constitucion, y sus fuerzas disminuyeron hasta el punto de hacer temer que no llegara á la edad viril.

A principios de 1560 llegó á Castilla Isabel de Francia, y el 2 de febrero fué unida á Felipe. Segun los preliminares de la paz de Chateau-Cambresis, se habia dado su mano á Don Carlos; pero habiendo fallecido María Tudor antes de que se ratificara el tratado, se sustituyó el nombre del padre al del hijo, y la hija del rey de Francia fué destinada al rey de España.

Las ceremonias del matrimonio se celebraron con gran pompa en Toledo: el príncipe asistía á ellas, y es bastante probable que al ver á la hermosa princesa, acompañara á su pesar de perderla, algun resentimiento por la dureza con que se la habian arrebatado para darla á su padre. Pero difícilmente se nos haria creer que Isabel cambiase hácia un niño de catorce años, dotado de tan escasos atractivos personales, nada parecido á ese tierno sentimiento que le han atribuido algunos historiadores novelescos.

El 22 del mismo mes fué reconocido Carlos formalmente como heredero de la corona por las Cortes de Castilla, y se vió reunidos en aquella ocasion á los diferentes miembros de la familia real, igualmente que á los grandes señores y á los representantes de los Comunes. El príncipe se presentó en la comitiva en un caballo blanco ricamente enjaezado: su traje, esplendente en piedras preciosas, hacia resaltar tristemente sus facciones pálidas y enfermizas.

Hizo su papel en aquella ceremonia con gran dignidad y exquisito tacto: cuando sus tios, la infanta Doña Juana y Don Juan de Austria, despues de prestarle juramento quisieron segun costumbre arrodillarse para besarle la mano, no lo consintió el príncipe, y haciéndoles levantar los abrazó afectuosamente. Pero habiendo omitido por distraccion el duque de Alba este último acto de la ceremonia, le recibió el príncipe con tal frialdad, que lastimado el último señor de aquella acogida, reconoció su falta y la confesó humildemente.

En el otoño del año siguiente el príncipe Carlos, con la esperanza de que la mudanza de aires mejorase su salud, fué enviado á Alcalá de Henares, residencia de la célebre Universidad fundada por el célebre Jimenez de Cisneros. Acompañaban al príncipe dos jóvenes destinados á ocupar un lugar muy distinguido en la historia de aquella época: uno era el hermano ilegítimo de Felipe, Don Juan de Austria, el héroe futuro de Lepanto, y el otro el primo de Carlos, Alejandro Farnesio, sometido entonces á aquella educacion que debia hacerle un dia el capitán mas grande de su época. Todos tres eran casi de una misma edad, pero el tío y el primo, comparados con su real pariente, presentaban ya por sus dotes y por su exterior un contraste tan notable como el que debia de haber entre la suerte del último y los brillantes destinos que esperaban á los primeros.

Pocos meses hacia que estaba Carlos en Alcalá cuando le ocurrió un accidente que tuvo las consecuencias mas funestas. En una de las tardes de abril de 1562 dió un paso en falso al bajar una escalera y rodó cinco ó seis escalones de cabeza, hasta dar con esta en una puerta. Levantáronle privado de sentido y le condujeron á su cuarto: sus médicos, que fueron llamados inmediatamente, le prescribieron los remedios necesarios.

Al pronto se creyó que aquello fuera solo una contusion en la cabeza, y los socorros del arte produjeron el efecto esperado. Pero muy luego se hicieron los síntomas mas alarmantes y se declaró la fiebre. El príncipe estaba afectado de una erisipela: se le puso la cabeza en extremo abultada, perdió por completo la vista y le entró el delirio. Entonces se reconoció que tenia fracturada la cabeza, se llamó á los médicos del rey, y despues de una discusion borrascosa, en la que segun costumbre, se dividieron respecto al tratamiento que habia que adoptar, se decidió que el enfermo sufriese la operacion del trépano. La operacion se hizo con el mayor esmero; extrájose una parte de los huesos del cráneo, pero no se consiguió ningun alivio.

Entre tanto se manifestaban las mas vivas inquietudes en la nacion, amenazada de perder á su futuro soberano: hicieron rogativas en todas las iglesias, recitaron oraciones, se hicieron promesas de peregrinaciones, y algunos hasta se dieron disciplinas, esperando con esta penitencia voluntaria apartar del pais la cólera divina. Todo fué inútil.

Existe un informe sobre la enfermedad del príncipe redactado por su médico el doctor Olivares: hoy causaria bastante extrañeza ver figurar en un periódico de medicina algunos de los remedios empleados en esta ocasion. Finalmente, despues de haber agotado en vano todos los recursos de la ciencia, y de haber friccionado sin mejor éxito al enfermo con el unguento de un doctor moro de fama entre el pueblo, se resolvió hacer un llamamiento directo al cielo. En el monasterio de Jesus y María reposaban los huesos de un santo franciscano, fray Diego, muerto en olor de santidad un siglo antes, en el reinado de Enrique IV.

El rey Felipe y su corte se dirigieron solemnemente en procesion á la iglesia, y á presencia suya los restos mortales del santo, que segun dicen despedian aun oloroso perfume, fueron retirados del ataúd de hierro y trasladados al cuarto de Carlos: púsosele bajo su lecho y se le cubrió la frente con el paño en que habia estado envuelta la cabeza del difunto. En aquella misma noche se le apareció el fraile en sueños al príncipe, vestido con su hábito de franciscano, ceñida la cintura con una cuerda verde y llevando en la mano una cruz de madera, y dijo con voz suave á Carlos que cobrara valor, porque sanaria de seguro. Desde aquel momento, como asegura el médico que refiere esta historia, el enfermo se restableció con rapidez: disminuyó la calentura, su cabeza recobró la forma natural, y sus ojos volvieron á abrirse á la luz del dia. En menos de dos meses, despues de esta aparicion, el joven príncipe que en todo el curso de su enfermedad habia mostrado una maravillosa docilidad, se halló en estado de pasearse por sus habitaciones y abrazaba al rey, que durante el período crítico que acababa de atravesar su hijo habia fijado su residencia en Alcalá, demostrando el cuidado natural de un padre en tales momentos.

Atribuyóse naturalmente esta curacion á fray Diego: envióse á Roma una relacion de aquel milagro, certificada en debida forma, y el franciscano, á instancias de Felipe, recibió del pontífice los honores de la canonizacion. Los títulos del nuevo santo á la fama de haber salvado al príncipe fueron proclamados con aseveraciones solemnes por los cronistas castellanos contemporáneos ó posteriores, y ninguno hemos hallado que se atreviese á ponerlos en duda, sino es el mismo doctor Olivares, que celoso naturalmente por el crédito de su profesion, expresó, aunque antes de la canonizacion del santo, su juicio, de que reconociendo el bien causado por la intercesion y las súplicas del venerable Diego, no debia atribuirse la curacion del enfermo sino á la habilidad de sus médicos.

No parece sin embargo que Carlos estuviese tan completamente curado como se habia creído en un principio. Hay fuertes razones para suponer que el golpe que recibió en la cabeza le tuvo siempre algun tanto afectado del cerebro: esto es al menos lo que puede inferirse de las absurdas excentricidades de que dió ejemplo despues, y del aturdimiento con que se abandonó á sus pasiones. En 1563, al salir de uno de esos accesos de cuartanas que continuaban atormentándole, arrancaba á Felipe aquellas palabras que el rey en tono de lamento dijo al embajador de Francia, Saint-Sulpice: « Espero que mis repetidas advertencias apartarán en lo sucesivo al príncipe de jugar tan fatalmente con su salud. » Pero el infortunado joven no se aprovechó de los consejos paternos ni de su propia experiencia. Varios cortesanos contemporáneos han divulgado una porcion de locuras suyas que alimentaban la crónica escandalosa de Madrid. Brantome, que se hallaba en esa capital en 1564, refiere que Carlos recorria las calles con una docena de nobles tan desarreglados como él, asaltando espada en mano á los transeúntes, abrazando á las mujeres y hasta insultando á las damas de la mas elevada categoria con los epítetos mas groseros.

Era moda entre los jóvenes elegantes de la corte llevar botas muy anchas. Carlos habia mandado hacer las suyas de una amplitud suficiente para poder contener un par de pistolas pequeñas. Temiendo Felipe que hiciera mal uso de esas armas, mandó que le hicieran las botas estrechas; pero cuando el zapatero le llevó una así, el príncipe furioso le dió un bofetón, y mandando en seguida hacer pedazos el cuero y cocerlo, obligó al infeliz artesano á comer, hasta que mas no pudiese, aquel manjar tan poco apetitoso.

Un dia, por un motivo fútil, se encolerizó hasta usar de la violencia contra su ayo don García de Toledo: en otra ocasion quiso arrojar por la ventana á su gentil-hombre don Alonso de Córdoba. Estos personajes se que-

jaron al rey y le rogaron que les relevase de un cargo que les exponía á afrentas que no podían tolerar. El rey accedió á su demanda, les hizo entrar en su propia servidumbre y confirió el cargo de ayo de Carlos á Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, su ministro favorito. Pero el príncipe á nadie respetaba. El cardenal Espinosa, presidente del consejo de Castilla y mas adelante inquisidor mayor, habia expulsado á un músico llamado Cisneros, de palacio, donde debia oírle Carlos por la tarde para distraerse. Probablemente habia obrado así por orden de Felipe.

Como quiera que sea, encontrándose el príncipe al cardenal, le cogió brutalmente por el cuello, y echando mano á su daga exclamó: «Curilla, ¿vos os atreveis á mí no dejando venir á servirme Cisneros? Por vida de mi padre que os tengo de matar.» (Cabrera, Felipe II.) El prelado cayó temblando de rodillas á los pies de aquel loco y se tuvo por dichoso en no dejar la vida entre sus manos. No se dice si Carlos, en lo que se refiere al músico, obtuvo lo que deseaba, pero el paño de que está formado un inquisidor no es de aquellos que pueden doblarse fácilmente.

El embajador de Toscana, Nobili, residente á la sazón en Madrid, refiere una anécdota mas singular todavía. Hallándose escaso de fondos, pidió á un mercader llamado Grimaldo, que le prestase mil quinientos ducados. El mercader se apresuró á acceder, dando gracias al príncipe por el favor con que le honraba, y añadiendo en el lenguaje hiperbólico, tan propio de los castellanos, que «todo cuanto poseía estaba á su disposición.» El príncipe, cogiéndole la palabra, le pidió cien mil ducados. En vano el pobre Grimaldo, aterrado con aquellas palabras, juró que eso seria arruinarle, y que lo que habia dicho era por mera cortesía. Carlos contestó «que no tenia derecho para hacer cumplimientos á los príncipes, y que si no aprontaba aquella suma hasta el último real, dentro de veinte y cuatro horas se arrepentirian él y su familia.»

Solo despues de largas negociaciones pudo obtener Ruy Gomez que el heredero de la corona se contentase con la suma mas modesta de sesenta mil ducados, que fué, en su consecuencia, suministrada por el infeliz mercader. El dinero adquirido de ese modo, observa Nobili, fué tan pronto disipado como recibido.

Hay afortunadamente tintas de luz que corrigen las sombras de que está cargado este cuadro. Tiépolo, embajador de Venecia en la corte de Madrid en 1567, cuando Carlos tenia veinte y dos años, da algunos pormenores acerca de este príncipe. Conviene en que su carácter era arrogante y violento, pero elogia su amor á la verdad, y lo que es mas extraño aun, el fervor con que cumplía sus deberes religiosos. El príncipe era muy caritativo, y solia decir: «¿Quién ha de dar si los príncipes no dan?» Vivía con magnificencia y recompensaba con extremada generosidad, no solo á sus propios servidores, sino á los del rey, que le querían mucho. Ambicionaba tomar parte en la direccion de los negocios y se mostraba muy descontento cuando su padre le excluía del consejo, lo cual sucedia casi siempre.

Una cosa que aboga ciertamente en favor del príncipe es la facultad que tenia de inspirar á los que le trataban de cerca un profundo afecto hácia su persona: entre otros habia cautivado á su tia la regente Juana y á la reina Isabel, que profesándole un interés que justificaban sus relaciones de parentesco, manifestaba el deseo de que se uniera con su hermana.

Su tia María y el esposo de esta, el emperador Maximiliano, conservaban los mas tiernos recuerdos de Carlos, á quien habian conocido niño y le deseaban para marido de su hija primogénita. Debe recordarse especialmente, en honor del príncipe, las relaciones que conservó este con su preceptor Honorato Juan, elevado á petición de Carlos á la silla episcopal de Osma. Carlos habria conservado con gusto al lado suyo á aquel hombre excelente, pero el obispo se hallaba retenido en su diócesis y las cartas que de vez en cuando le escribía su antiguo discípulo, dejando á parte el punto de vista literario, hacen estimar el corazón del hijo de Felipe. «Mi mayor amigo que tengo en esta vida, escribe afectuosamente al pié de esas cartas, que haré lo que vos me pidiéredes.»

Desgraciadamente ese verdadero amigo, ese buen consejero, murió en 1566: en su testamento pidió al príncipe que eligiese entre los objetos que dejaba el que mejor le conviniese, y hasta le autorizó para cambiar las cláusulas del mismo y disponer de sus bienes como mejor creyese.

«Su Alteza, dice, añada y quite todo lo que le pareciere de mi testamento y este mi codicilo, que aquello que S. A. mandaré lo doy y quiero que sea tan válido como si estuviese expresado en este mi codicilo ó en el testamento.»

Era esta de parte del testador una prueba singular de confianza, si no se quiere tomar como un cumplimiento español, algo peligroso, segun la historia de Grimaldo, con un hombre que interpretaba tan literalmente las fórmulas de la cortesía.

De lo que dejamos dicho parece resultar que habia en la naturaleza del príncipe los gérmenes de cualidades generosas que una educación mejor podría felizmente haber desarrollado; pero Carlos, por su elevada posición, estaba expuesto á sufrir la influencia de parásitos que lisonjearon su orgullo y corrompieron su corazón afanándose por satisfacer sus caprichos. Desde la altura misma en que se hallaba colocado, hasta sus mas ligeras faltas y sus menores extravagancias chocaban á todo el mundo y eran objeto de una despiadada crítica. A pesar de cierta semejanza física con su padre, se dife-

renciaba de este á la vez en lo que tenia de bueno y de malo: ninguno de los dos se comprendían mutuamente, y Felipe no podia obtener sobre su hijo el ascendiente que debia poseer. La disipacion del príncipe, sus continuas faltas de decoro, ó por mejor decir, su negligente desprecio del bien parecer, ofendian al monarca, tan escrupuloso observador él mismo de las reglas de la conveniencia. Podia lamentarse de los excesos de Carlos, pero tambien es cosa de averiguar, si el deseo mas honroso que este manifestaba de tomar parte en los negocios públicos agradaba á un monarca demasiado celoso del poder para dejarlo ejercer por sus ministros mas de lo absolutamente indispensable: la conducta de su hijo le daba por desgracia motivos para adivinar la capacidad política de este.

Objeto el infortunado jóven de la desconfianza, si no aversion, del padre; excluido de toda participacion en los negocios del Estado, y apartado de la carrera militar, que parecia la mas conveniente á su carácter; rodeado de los ministros de Felipe, á quienes miraba con razon como espías encargados de vigilarle, se abandonó á una vida desarreglada, tan funesta para su salud como para su moral, y la nacion que habia saludado con gritos de júbilo el nacimiento de un príncipe indígena, acabó por concebir recelos legítimos acerca de su aptitud para gobernarla.

Pero en tanto que Carlos excitaba la desconfianza en lo interior, mas de un soberano ambicionaba por fuera una alianza con el heredero de la monarquía española, Catalina de Médicis habria visto con gusto dar su mano á la hermana segunda de Isabel, y esta reina era en un todo favorable á sus miras: las intenciones de Catalina eran conocidas desde 1565; pero Felipe, siempre amigo de contemporizar, respondió: «que necesitaba reflexionar.» Inclínabase mas á las proposiciones repetidas del emperador y de la emperatriz de Alemania, que como hemos dicho, conservaban un tierno recuerdo del príncipe y deseaban su enlace con su hija Ana. Esta princesa, un año mas jóven que él, miraba á España como su patria, habiendo residido en ella durante la regencia de Maximiliano.

Pero aun cuando habia llegado ya á la edad nubil y Felipe se mostraba propicio á la demanda del emperador, la poca confianza que tenia en su hijo le impulsó, al decir de los historiadores, á diferir la celebracion del matrimonio. Ana subió al trono de Castilla, pero como esposa del rey, despues de la muerte de Isabel, y no como esposa del príncipe. Así, por una extraña fatalidad, las dos princesas que habian sido destinadas al hijo se unieron una y otra con el padre.

El movimiento revolucionario de que eran teatro los Países Bajos llamaba, sobre todo en aquel tiempo, la atención pública en España. Se dice que Carlos tomaba el mayor interés por el pueblo de aquellas provincias, y si hemos de creer á Antonio Perez, los flamencos que vivían en aquella época en la corte de Madrid le hicieron indicaciones formales para invitarle á ponerse al frente de la rebelion. Estrada señala á Berghes y á Montigny, comisionados á la sazón en la capital del reino, como los intermediarios encargados de inducir al príncipe á tomar la autoridad en aquel desgraciado país. Que el hijo de Felipe, con su carácter ardiente, haya sido simpático á un pueblo que luchaba con tanto valor por sus libertades, no deja de ser suposicion bastante admisible, y no es del todo inverosímil que Carlos, acostumbrado á «decir todo lo que pensaba,» se expresase sobre el particular con mas franqueza que prudencia.

Quizá aludia á esto su capellan Suarez en una carta sin fecha en que conjura al príncipe que renuncie á peligrosos designios «que eran de grandísimo engaño, inventado y buscado todo por el demonio para dar trabajo á V. A. y pensar darle á todos, y para desasosegar y aun inquietar la grandeza de la monarquía.» La carta termina con una disertacion en la que el buen doctor demuestra al príncipe la necesidad de la obediencia filial por medio de numerosos ejemplos sacados de la historia, así sagrada como profana, y exponiendo el triste fin de los hijos impíos que han rechazado los consejos de sus padres.

Pero aun cuando esta suposicion sea conducente para explicar en gran parte lo que se presenta oscuro en la historia ulterior de Carlos, debemos confesar que nunca hemos leído nada que la confirme ni en la correspondencia de los personajes encargados de la administracion de los Países Bajos ni en la acusacion formulada contra el mismo Montigny, y sin embargo es de creer que una tentativa hecha por este para seducir al heredero presunto del trono habria sido juzgada como el mas execrable de los crímenes. De todos modos, es positivo que el príncipe se creia designado particularmente para gobernar los Países Bajos, y la prueba de ello es su conducta con el duque de Alba cuando este señor fué llamado á encargarse del mando del ejército enviado á aquellas provincias.

Habiendo ido el duque antes de partir á ofrecer sus respetos á Carlos, este montó en cólera y le dijo: «No ireis á Flandes, que marcharé yo mismo.» El general procuró calmarle, diciéndole que ese viaje ofrecia demasiados peligros para el heredero del trono, que por lo que á él tocaba, se le habia confiado el encargo de pacificar el país y prepararlo para recibir al rey, á quien podria acompañar el príncipe si no era necesaria su presencia en Castilla.

Esta explicacion solo sirvió para irritar mas al hijo de Felipe, el cual desenvainando su daga se arrojó brutalmente sobre el duque exclamando: «No ireis, ú os mataré.» Siguió á esto una lucha, lucha embarazosa para el señor castellano, puesto que una ofensa hecha

al príncipe real podia elevarse á crimen de alta traicion. Afortunadamente para él era mucho mas fuerte que su adversario, y así fué que echándole el brazo al rededor del cuerpo, le tuvo estrechamente cogido en tanto que este hacia vanos esfuerzos para desasirse. No bien le dejó el general en libertad, volvió Carlos á lanzarse sobre él como un loco furioso, el duque le sujetó de nuevo, pero el ruido habia atraído á un gentilhomme que se hallaba en la sala inmediata, y el príncipe desprendiéndose de la mano de hierro de su enemigo se retiró á sus habitaciones.

Felipe consideró las violencias de que habia sido objeto su ministro como un insulto hecho á sí propio. El abismo ya tan grande que separaba al padre y al hijo se ensanchó mas aun, y la frialdad que sentian uno hácia otro era tal, que viviendo en el mismo palacio no se comunicaban entre sí á lo que parece. El monarca habitaba no obstante con frecuencia en aquella época el Escorial, donde veia levantarse progresivamente ante sus ojos el magnífico monumento que debia immortalizar la victoria de San Quintin.

Pero desde el fondo de aquel retiro vigilaba á su hijo por medio de los fieles informes que hacian llegar á sus manos los agentes colocados cerca de este.

Así estaban las cosas cuando el príncipe tomó la fatal determinacion de sustraerse por la fuga á las incomodidades de su situacion presente. No se sabe de un modo positivo qué país habia elegido para refugio, designándose por unos los Países Bajos y por otros la Alemania. Esta suposicion es la mas probable. Carlos hubiera visto en la corte de Viena á la que le estaba destinada por esposa, y se habria encontrado entre amigos que le hubieran recibido bien sin duda alguna.

Careciendo el príncipe de dinero para emprender su viaje, encargó á un agente de su confianza que formaba parte de su servidumbre, que se lo procurase por medio de empréstitos hechos en diferentes ciudades. Este paso inconsiderado que parecia revelar claramente sus intenciones, no hacia sino poner bien en evidencia su ligereza de carácter y su grande inexperiencia.

En medio de estas negociaciones, ocurrió un incidente que arrojó bastante viva luz sobre el estado interior de Carlos para suponerle atacado de demencia. El hecho está referido por una de las personas de su servidumbre, una ayuda de cámara, que fué testigo presencial de aquella escena y la describe con gran sencillez.

Hacia algunos dias, dice, que su señor se mostraba muy inquieto y no hacia mas que repetir «que queria matar á un hombre con quien estaba reñido.» Igual declaracion hizo, aunque sin citar persona, á su tio don Juan de Austria, que le inspiraba, segun parece, una confianza ilimitada.

Esto pasaba por Navidad en 1567. El 28 de diciembre, día de los Inocentes, era costumbre en los individuos de la familia real, comulgar todos juntos públicamente. Carlos, á fin de prepararse para ese acto, fué el día antes por la tarde á la iglesia de San Gerónimo para confesarse y recibir la absolucion; pero habiendo oído el confesor la extraña revelacion de su intento de matar, se negó á absolverle: el príncipe se dirigió á otro sacerdote; pero con igual resultado. En vano entabló con ellos una discusion sobre el asunto: los confesores le aconsejaron que reuniese algunos teólogos mas ilustrados que ellos y tomase su parecer. Obedeciéndoles al punto, y convocó nada menos que á catorce monges del convento de Nuestra Señora de Atocha, con otros dos eclesiásticos mas para arreglar este singular caso de conciencia. Todos ellos en extremo escandalizados, estuvieron acordes en declarar que en el estado actual de cosas, no podia concedérsele la absolucion. Carlos pidió entonces que se le permitiese recibir una hostia no consagrada, por cuyo medio se evitaria el escándalo que infaliblemente produciria en la corte el que dejara de comulgar. La proposicion puso á los reverendos padres en nueva consternacion: el prior del convento de Atocha, que formaba parte de la reunion, deseoso de saber del príncipe el nombre de su enemigo, le dijo que esa revelacion podria quizá ejercer alguna influencia en la decision de los teólogos. Carlos respondió «que á quien queria quitar la vida era á su padre.»

«Pero el prior, dice el manuscrito *De la Prision y Muerte del príncipe Don Carlos*, le engañó con persuadirle dijese cual fuese el hombre, porque seria posible poder dispensar conforme á la satisfaccion que S. A. pudiese tomar, y entonces dijo que era el rey su padre, con quien estaba mal, y le habia de matar.»

El prior le preguntó con toda serenidad si debia ayudarle alguien en su atentado contra la vida del rey, pero no obtuvo otra respuesta que la declaracion ya hecha, y la asamblea se separó á las dos de la madrugada en medio de una agitacion indecible. Despachóse á toda prisa un correo al Escorial, donde se hallaba el rey, para informarle de lo que acababa de pasar.

Tal es la relacion del ayuda de cámara que estaba de servicio, dice, aquella noche cerca del príncipe. Algunos de estos pormenores merecen nuestra confianza mejor que otros: puede suponerse sin grande inverosimilitud, que el heredero del trono, cuyos sentimientos, como hemos visto, estaban, por decirlo así, á la vista, profiriese delante de sus servidores las frases duras que se le atribuyen; pero se hace difícil creer que repitiese á otros las palabras que con destreza le arrancó el prior, ó que ese espantoso secreto fuese confiado á los oídos de personas de su servidumbre. Por lo demás la cosa importa poco, porque de cualquier modo que se interprete esa relacion, revela claramente en el príncipe un grado tal de locura, que le exime de toda responsabilidad moral.

(Se continuará.)

Consagracion

DE LA IGLESIA DE SAN BERNARDO EN PARIS.

El señor obispo de Soissons acaba de consagrar la nueva iglesia edificada en Paris en el barrio de la Chapelle y dedicada á San Bernardo. Antes de ser llamado al honor del episcopado, el señor obispo de Soissons era cura párroco de la iglesia de la Chapelle. El nuevo templo, construido al estilo gótico, tiene de largo 70 metros comprendido el pórtico, y la altura de la nave es de 49 metros. El estilo general del edificio recuerda el del tiempo de Luis XII. Todas las disposiciones interiores están estudiadas con mucha sencillez, así como en la decoración exterior se nota también mucha sobriedad; pero el hábil arquitecto, M. Magne, ha sabido compensar esta reserva con la elegancia de las líneas arquitectónicas que se observa en todas las partes de la construcción.

Señalaremos igualmente las hermosas vidrieras pintadas por los señores Oudinot y L. Gsell, y los cuadros de los señores Vibert, Marquerie y Lousteau.

Nuestro dibujo representa el momento en que el señor obispo de Soissons traza con su báculo, sobre una cruz de ceniza, el alfabeto latino. H. C.

Bendicion

DE UNA HOSPEDERIA EN LA SAINTE-BAUME (FRANCIA) POR LOS RELIGIOSOS DOMINICOS.

La Provenza es un país maravillosamente dotado por el cielo; sentada á las puertas de la Francia, baña sus pies en el mar donde se detuvieron las miradas de Homero, Platon, Virgilio y el Dante, mar cuyas olas todas traen un eco, un recuerdo de las musas. A mayor abundamiento, en vano se buscaría una tierra en que los caprichos de la naturaleza puedan ofrecer á los ojos hechizados una oposición mas pintoresca entre las formas y los accidentes de las montañas, las gargantas, los valles, las

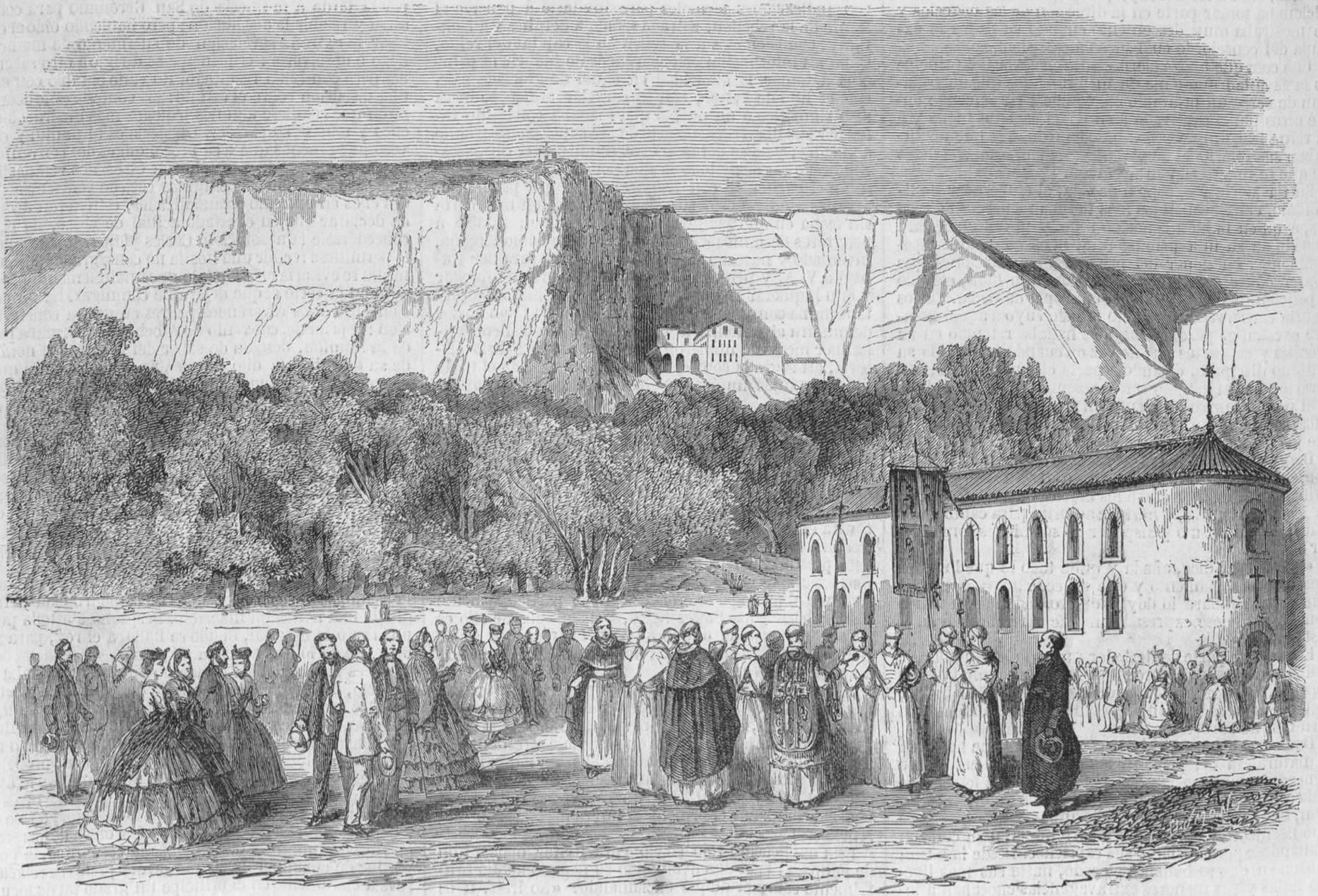


CONSAGRACION DE LA IGLESIA DE SAN BERNARDO EN PARIS.

llanuras y las praderas, entre los mil colores de que se revisten, entre las escenas que la palabra, la pluma y el pincel se declaran impotentes para reproducir como es debido.

De todos esos sitios, el mas hermoso por su silvestre esplendor es la *Sainte-Baume*, y la gruta donde lloró durante treinta años santa Magdalena. Nosotros hemos visitado esos lugares benditos; hemos hecho esa romería de día y de noche; hemos entrado en la bóveda donde están inscritos los nombres de los soberanos que de siglo en siglo se han arrodillado en ella, y asistiendo á las ceremonias religiosas, hemos oído la inspirada voz del jóven dominico, quien nos dijo que el R. P. Lacordaire debía presidir aquella fiesta, pero que el ilustre religioso, lejos de los lugares que le son tan queridos, se estaba muriendo en el silencio, pidiendo á Dios que bendijera su obra de los *santos lugares de la Provenza*, su obra de predilección. El P. Planet, tal es el nombre de este jóven orador que comienza cuando el maestro acaba, y que posee el don de conmover hasta las fibras mas recónditas del alma, llegará á ser uno de los predicadores mas famosos. — Despues seguimos la procesion que desde lo alto de la *Sainte-Baume* bajaba hasta la llanura para bendecir la hospedería no concluida aun, y que servirá de lugar de descanso ó de casa de refugio al viajero y al peregrino; la vimos desarrollarse lentamente al través de los senderos abruptos y de las pintorescas sinuosidades del bosque, y esta procesion, con sus estandartes y sus pendones, con los hábitos blancos de los religiosos y la muchedumbre que la acompañaba, formaba un efecto mágico, bañada por los rayos de un sol esplendente. — Un artista de talento, M. Crapelet, asistía á la ceremonia, y su dibujo que damos aquí, hará comprender á nuestros lectores toda la poesía de ese piadoso espectáculo, entristecido únicamente por la idea de que no podía figurar en el su gran iniciador el P. Lacordaire.

G. DE F.



BENDICION DE UNA HOSPEDERIA EN LA SAINTE-BAUME POR LOS RELIGIOSOS DOMINICOS.